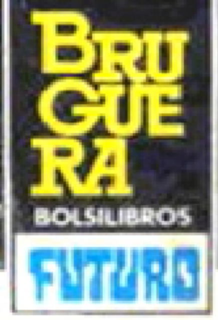


EL IMPERIO DE RE-APHARAX

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

700 — El viajero que vino del infierno, Clark Carrados.
701 — Génesis, Lou Carrigan.
702 — La nueva humanidad. Law Space.
703 — El reino de Zora, Joseph Berna.
704 — Proyecto liberación, Ralph Barby.

KELLTOM McINTIRE

EL IMPERIO DE RE-APHARAX

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 705
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO
ISBN 84-02-02525 0
Depósito legal: B. 5.365-1984
Impreso en España Printed in Spain
1.* edición en España: marzo. 1984
1.* edición en América: setiembre. 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1984

CAPITULO PRIMERO

En el campamento establecido al borde de la selva reinaba aquel día la tristeza. Incluso la alegre Marcia Campbell, la jovencita de color —la

benjamina del grupo de exploración— permanecía en silencio. Sentada en el borde de una roca, escondía tercamente sus bonitas facciones entre las manos, concentrada en sombríos pensamientos.
Hombres y mujeres estaban diseminados indolentemente alrededor de las tiendas del campamento, sentados a la fresca sombra de los altos árboles que crecían al borde de la pradera.
En medio del campamento, ardía un hornillo a gas. La gran cafetera depositada sobre el fuego dejó escapar un agudo silbido de aviso, pero nadie se movió para retirarla.
La más profunda apatía y desesperanza se habían abatido sobre los expedicionarios. Se diría que aguardaran la muerte con la pasividad más absoluta.
Al fin, alguien se movió. Una hermosa mujer de silueta escultural, enfundada en una malla verde claro, que la cubría desde el cuello a los tobillos, salió de una de las tiendas, cruzó la explanada y apagó el fuego.
Su larga cabellera rubia ondeó al viento cuando vino hacia Marcia y le ofreció un vaso de café humeante.
—Vamos, pequeña. Tómatelo.
Marcia separó las manos de su rostro. Abigail Duncan, la mujer de los hermosos cabellos rubios, advirtió que Marcia había estado llorando.
—Anda, tómatelo. Está caliente. Te confortará.
Pero la benjamina del grupo denegó tercamente.
—No seas niña, Marcia. Esa actitud no es propia de una mujer consciente. No comiste nada ayer. Si continúas negándote a tomar alimentos, morirás.
Marcia alzó sus ojos negros y los clavó en los violetas, claros y limpios de Abigail.
—Yo quiero morir, Abi —murmuró, estremeciéndose.
Con toda la paciencia del mundo, Abi se sentó junto a ella, dejó el vaso de café sobre la roca lisa y pasó un brazo sobre los delgados hombros de Marcia.
—Todo se arreglará, ya verás. ¡Animo, pequeña!
Marcia se revolvió fieramente.
— ¿Cómo puedes decir que todo se arreglará? —protestó, con violencia—. Estamos aquí, en Re-Apharax, un planeta olvidado, abandonados a nuestras propias fuerzas... ¡Y tú crees que todo se arreglará! Lamouré, ese monstruo, acabará por exterminarnos a todos.
Mira a esos hombres, Abi, mira a nuestros compañeros. Están aterrorizados. Lamouré les ha metido el miedo en el cuerpo de tal manera que ninguno de ellos osaría enfrentarse a él.
Se ahogaba, tan intensas eran sus protestas.
Abi Duncan no dijo nada.

Comprendía muy bien el estado de ánimo de aquella jovencita. Jackson Washington Lamouré, uno de los ingenieros del grupo de exploración del planeta Re-Apharax, les había hundido a todos en la desesperación.
Inopinadamente, a los dos meses de llegar a Re-Apharax, Lamouré había asesinado a Jim Peterson, el jefe de la expedición.
Lo había hecho a sangre fría. Durante la noche, el gigantesco ingeniero negro penetró en la tienda de Peterson, que dormía profundamente, y lo estranguló.
Poco tiempo después, una tremenda explosión despertó a los expedicionarios y los arrojó, despavoridos, de sus tiendas de campaña las cuales fueron arrancadas de cuajo del suelo por la deflagración.
Cuando pudieron reaccionar, vieron venir a Lamouré. Lo reconocieron inmediatamente por su característica silueta: era el hombre más alto y musculoso del grupo, con dos metros y cuatro centímetros de estatura.
A contraluz de las llamas que habían prendido en el bosque próximo, advirtieron que Lamouré empuñaba uno de aquellos mortíferos fusiles-láser, cuya utilización estaba limitada a situaciones de grave riesgo.
Lamouré se detuvo ante el grupo formado por dieciocho hombres y veinte mujeres. Fue Ron Goodwind, el geólogo, el primero en reaccionar.
— ¡Jackson! ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está nuestra nave?
El fulgor que provenía del bosque en llamas era tan intenso, que Ron no podía vislumbrar las facciones del gigantesco Lamouré.
— ¿Nuestra nave? Ya no existe —pronunció fríamente.
Excitado, Ron Goodwind se acercó a él.
— ¿Qué has dicho? —gritó, descompuesto—. ¿Quieres decir que... tú has destruido nuestra astronave deliberadamente?
En la mancha borrosa que formaba el rostro de Lamouré apenas se percibía el destello de sus ojos febriles.
—Sí —confesó, sin un trémulo de emoción en su voz.
Goodwind dejó escapar un alarido y se abalanzó sobre él.
Abigail Duncan también exhaló un alarido de angustia. Estaba enamorada de Goodwind y sabía que Ron corría un gravísimo peligro.
Lamouré debía haberse vuelto loco; no había otra explicación para su temeraria y fanática conducta.
Y aquel gigante negro tenía un destructor fusil-láser entre sus manos crispadas.
Sólo algún tiempo después comprendió Abi los motivos que animaban al ingeniero a respetar la vida de Goodwind.
Ron ni siquiera llegó a tocar a Lamouré. La culata del pesado fusil lo golpeó salvajemente en pleno rostro y Ron cayó al suelo. Allí, Lamouré se ensañó con él. Le golpeaba a culatazos y a patadas como

una furia, hasta que Abi lo atacó por la espalda temerariamente.
Lamouré se revolvió fieramente y Abi fue despedida a varios pasos de distancia Pero su intervención fue decisiva: Lamouré dejó de golpear al caído.
Lo vieron retroceder unos pasos y dirigir una mirada desafiante al grupo.
Earl Hughes, el médico del grupo, interpeló a Lamouré:
— ¿Te has vuelto loe», Jackson?
Su interlocutor dejó escapar una carcajada sardónica.
— ¿Loco? ¡Jamás estuve más cuerdo!
—Pero... ¡has destruido nuestra nave! Y con ella, nuestras esperanzas de volver a Detrah-Ximbell cuando termine la exploración de este planeta —expresó Hughes, consternado.
Una nueva carcajada resonó por encima del fragor del incendio.
—En efecto: jamás volveremos a nuestro punto de origen —declaró Lamouré—, Y ahora, permitidme que os explique la situación: a partir de hoy, yo seré quien dé las órdenes. Os aseguro que os necesito para llevar a cabo mis planes...
— ¿Qué planes? — preguntó Earl Hughes.
Lamouré lo miró, furioso.
— ¡No me interrumpas cuando yo hable! —advirtió, amenazador—. Yo os daré cuenta de mis designios, maldito *wasp* (1). Escuchadme: Re-Apharax es mío. ¿Para qué necesito a las gentes de Detrah-Ximbell? He decidido no volver a plegarme a los mandatos de la Confederación. Vosotros... podréis disfrutar del honor de pertenecer a un mundo nuevo: el Imperio de Re-Apharax.
Las palabras de Lamouré fueron calando lentamente en las mentes de los expedicionarios.
Evidentemente, el ingeniero había sufrido un ataque de locura. Pues ¿no era fanática demencia destruir el vehículo que podría devolverlos a la civilización de Detrah-Ximbell, no era absurdo aislarse en un mundo salvaje y hostil de por vida..., incluso erigirse en dictador de un imperio que no existía?
—Os necesito a todos para mis fines y pienso respetar vuestras vidas..., si vuestra conducta, de aquí en adelante, se muestra razonable. He quemado mis naves, sí. Era la única solución. De esta forma, nadie podrá salir de aquí. Estaréis obligados, pues, a vivir en este mundo. Si aceptáis esta idea, todo irá mejor para vosotros. —Describió Lamouré, con la solemnidad de quien está en posesión de una verdad trascendental.
—Pero tú no tienes derecho... —se atrevió a oponer el doctor Hughes.
Las brillantes facciones de Jackson Washington Lamouré se plegaron en un rictus de salvaje ira.
—Si vuelves a interrumpirme, wasp, te enviaré una descarga de

potencia Tres, capaz de arrancarte el brazo derecho de cuajo — dijo.
Hughes palideció ostensiblemente. Y calló como un muerto.
Y Lamouré volvió a dirigirse al asustado grupo.
—Si por vuestras mentes ha pasado la idea de sorprenderme mientras duermo, desechadla. He tomado algunas precauciones: todas las armas están a buen recaudo y sólo yo conozco el lugar donde están escondidas. Antes de destruir nuestra astronave, saqué del hangar de a bordo un vehículo *overcraft* y algunos útiles y herramientas imprescindibles, que nos permitirán erigir una residencia estable y a prueba de los ataques de las fieras. En realidad, tengo otros grandes planes, que os iré exponiendo a lo largo de las próximas jornadas.

(1) Siglas de las palabras inglesas WHITE ANGLO SAXON PROTESTANT. Es decir blanco, anglosajón y protestante.

Aguardó a comprobar el efecto que sus palabras producían en el sobrecogido auditorio. Ni una voz se alzó para protestar. Ron Goodwind permanecía en el suelo, el rostro deformado y manchado de sangre, completamente inmóvil
—Ahora, buscad las tiendas y montadlas a unos centenares de metros del incendio. El fuego se extinguirá por sí mismo al llegar a los pantanos — indicó Lamouré.
Se alejó hacia las voraces llamas, pero se volvió unos metros más allá.
—Os he prevenido: no intentéis torcer el curso de los acontecimientos. Por si no lo habéis advertido, os diré que soy un insomne perpetuo. Es una característica de mi personalidad: puedo permanecer meses enteros sin dormir un solo minuto. Pero si alguno de vosotros sintiese la tentación de asesinarme a traición, debo deciros que no lo conseguiría. Ciertamente os necesito para culminar mis planes, pero a fin de cuentas puedo prescindir de algunos de vosotros —amenazó.
El grupo de exploradores permaneció inmóvil, viéndolo alejarse en la noche.
—Es... como una pesadilla —sintetizó Kathy Fortrow los pensamientos de todos—. Anoche nos acostamos rendidos por la fatiga. Y de pronto... todo ha cambiado. Lamouré se ha vuelto loco y ha cortado de raíz cualquier posibilidad de relacionarnos con las autoridades de la Confederación. ¿Qué va a ser ahora de nosotros?
Lamouré había desaparecido y los expedicionarios, rota por un momento la tensión, se miraron entre sí y estallaron en comentarios excitados.
Un estridente alarido los sobrecogió. Abi Duncan se puso en pie y corrió al lugar donde Marcia Campbell se abrazaba

desesperadamente al cadáver de Jim Peterson.
La joven se debatía en un ataque histérico y sus manos acariciaban frenéticamente las facciones negruzcas del jefe de exploradores.
—¡¡No, no, no...!! —gemía Marcia, arrebatada por un violento ataque de nervios.
Abi pidió a gritos el auxilio de Earl Hughes. El médico encontró su maletín de primeros auxilios e inyectó un sedante a Marcia, que poco a poco fue calmándose hasta quedarse dormida.
Resuelto aquel incidente, Abi buscó el cuerpo inmóvil de Ron Goodwind. Se inclinó sobre él, lo tocó, le prodiga caricias...
Pero Ron no reaccionó.
— ¡Dios mío, está muerto! —gimió—. ¡Ese monstruo le ha matado a culatazos...!
Earl Hughes le apartó suavemente y se inclinó sobre Goodwind.
—Cálmate, no está muerto —advirtió con voz queda—. Los golpes de Lamouré le han provocado una conmoción cerebral, pero Ron vive aún. Di a nuestros compañeros que vengan a ayudarnos. Trasladaremos a Ron a lugar seguro, Yo me ocuparé de él.
A la luz de las llamas que devoraban el espeso bosque, los expedicionarios se alejaron del incendio. En silencio, plantaron las tiendas en lugar seguro. Luego, todos se retiraron a sus cobijos, atormentados e impotentes.

CAPITULO II

—No puedo aceptar esta idea, Abi —murmuró Marcia, volviendo a ocultar el rostro entre las manos—. Yo amaba a Jim, aunque nunca le dije nada. Ya sabes... Yo soy negra, él es... él era blanco —un gemido profundo brotó de su garganta. Con voz monótona, desprovista de interés, continuó luego—: Jim era un gran hombre, un científico importante, una personalidad... Yo nunca me atreví a decirle que lo

amaba con todas mis fuerzas. Y ahora...
Abigail acariciaba suavemente sus cortos cabellos rizados.
—Lamouré nos ha sepultado en la soledad y en la desesperanza. Con la astronave, han desaparecido nuestros rápidos medios de comunicación con rayos láser. Allá en Detrah-Ximbell, no sabrán jamás que estamos a merced de un fanático, de un resentido, de un demente —dijo Marcia.
Abigail la obligó a separar las manos del rostro.
—No digas eso. ¿Crees que los de la Confederación nos dejarían abandonados? Antes o después, se alarmarán al dejar de recibir nuestra comunicación. Imaginarán que hemos sufrido algún tropiezo grave y nos enviarán ayuda —trató de animarla Abi.
Miró de soslayo a Marcia. En el rostro de la jovencita se reflejaba una profunda desesperación, una desolación sin límites.
Era Marcia, ahora, quien la miraba fijamente, estáticos los bellos ojos negros.
—Abi, yo soy la operadora de comunicaciones y conozco bien el plan para esta misión. Se trata de una misión de supervivencia, según la cual debemos permanecer un año entero (más de cuatrocientas jomadas de este planeta), sin comunicar a la Base otra cosa que el informe de nuestra llegada a Re-Apharax. ¿No lo entiendes? *Ellos no esperan nuestra llamada hasta dentro de trescientos sesenta días*. Según las instrucciones que recibí de Hoorka, jefe del proyecto, sólo podríamos utilizar nuestro sistema de comunicación láser en caso de emergencia, de grave peligro para nosotros...
Sus uñas se crisparon sobre los morenos muslos, hasta hacer brotar la sangre.
—Y esa situación de peligro se ha producido. Un monstruo ha asesinado a Peterson y trata de someternos a sus locos caprichos. Ahora sería el momento de enviar un mensaje urgente a Hoorka, sólo que... no tenemos medios para comunicarnos con él —murmuró desolada.
Abi tragó saliva.
Marcia decía la verdad. La situación de los expedicionarios era crítica. Lamouré se había marchado aquella noche terrible y no había vuelto a aparecer a lo largo de las cuatro últimas jornadas, dejándolos abandonados a sus escasos medios, consistentes en raciones de víveres
suficientes para una semana.
«Si al menos pudiéramos contar con la ayuda de Ron», pensó Abi, sombría
Pero Ron Goodwind aún no había dado señales de vida. Yacía inmóvil en una de las tiendas, terriblemente hinchado su rostro por los golpes de Lamouré, inmerso en un letargo que llevaba la inquietud al ánimo

de Abigail.
—Se recuperará, superará el shock —había dicho el médico—. Sólo es cuestión de tiempo. La conmoción cerebral lo mantiene en una especie de coma letárgico, pero Ron es un hombre atlético, tremendamente fuerte y resistente. Volverá a la vida, te lo prometo.
Durante cuatro días, Goodwind había sido alimentado por sonda. Abi apenas se separaba de él. Cuando estaba a solas con Ron en la tienda, ella lo acariciaba suavemente y le prodigaba palabras susurrantes, delicadas, plenas de amor y de consuelo.
Pero Abi terminaba desesperándose al ver que el hombre al que amaba no reaccionaba.
Durante el primer día, no abandonó la tienda ni un segundo. Luego, en la segunda jornada, salió a la explanada en la que se alineaban las tiendas y se encorajinó al ver a sus camaradas en aquella actitud de impotencia y pasividad.
—Pero ¿qué hacéis? ¿Es que no vais a luchar contra Lamouré? —los increpó.
No le prestaron atención. El miedo pesaba sobre ellos como una losa. Allí estaba, por ejemplo, el ingeniero Burt Valentine, musculoso y robusto como una castillo, el hombre que amaba las peleas y los deportes viriles..., completamente hundido y desalentado. G Wanda Nginma, experta en Zoología y Botánica, campeona de atletismo en el remoto Detrah-Ximbell y la mujer más contestataria y animosa del grupo. Incluso el veterano Bradford (Brady) Lemain, un veterano explorador espacial y hombre ponderado e inconmovible...
Y así, todos —a excepción de Earl Hughes y ella misma, Abi Duncan — permanecían aplastados por el desaliento y la inercia.
Abi, furiosa, siguió apostrofándoles.
—Lamouré no es más que un hombre. Un tipo resentido que, ahora, ha decidido tomarse la revancha. Pero nosotros... ¡nosotros somos seres humanos! No somos robots, obedientes y sumisos a la voz de un déspota. Tenemos que pensar, que estrujarnos el cerebro para esbozar un plan contra Lamouré.
— ¡Cállate! — gritó Burt Valentine, con una violencia desproporcionada—. No podemos hacer nada contra Lamouré. —Jadeó con fuerza—: Ese tipo nos ha sorprendido, nos ha engañado miserablemente. Yo obtuve mi formación en el Centro de Conocimientos de Blandikon, allá en Detrah-Ximbell... Lamouré formaba parte de mi equipo de estudiantes. Siempre fue tratado con respeto y amistad, con idéntica justicia que los demás. Pero él era un resentido desde que nació. Se apartaba de todos, jamás confió en nadie. Su corazón está podrido, pero tiene un cerebro prodigioso y una ambición sin límites. Al fin se ha destapado... Pero nada podemos hacer

contra él. Lamouré tiene la fuerza. Y yo… aún tengo algunas esperanzas. Debemos ser cautos. Esperemos. Tal vez lo que Jackson se propone no sea tan malo...
Abi hizo un esfuerzo para controlar lo que iba a decir.
Y habló, sibilante:
—Es un criminal. No se ha hecho con el poder por sus dotes, por la razón. Ha conseguido aterrorizarnos a todos mediante el crimen. Y tú dices que...
La indignación le impidió seguir hablando. Dio una brusca media vuelta y desapareció en la tienda que servía de enfermería a Ron Goodwind.
Earl Hughes se reunió poco después con ella. Abi aplicaba compresas de agua fría sobre el rostro hinchado de Goodwind, el cual respiraba tan sutilmente que parecía muerto. Sin embargo, su temperatura corporal afirmaba que seguía habiendo vida en aquel cuerpo lacerado.
—Tenemos que hacer algo —dijo Abi con voz silbante.
Sabía que Hughes estaría dispuesto a hacer algo, porque la amaba. Nunca se lo había dicho, pero Earl le había demostrado sin palabras sus sentimientos. Bastaba con sus miradas, con su actitud. Earl quería a Abi apasionadamente, pero era consciente de que ella estaba enamorada de aquel hombre que reposaba sobre una colchoneta de campaña.
—Sí, pero qué —susurró él, preocupado.
—Lo que sea. Lamouré no debería encontrarnos aquí cuando vuelva. ¡Sí! —se animó súbitamente—. El *Gran dictador* se sentirá dominado por la perplejidad si vuelve y no nos encuentra. Él está seguro de que vamos a obedecerle sumisamente, pero si no nos encuentra se sentirá desorientado.
—Sigue — la animó Earl, con paciencia.
—Podríamos... escondernos en la selva. O en las ásperas estribaciones del volcán Zero. Tarde o temprano, Lamouré cometerá un error fatal, se descuidará. Estas selvas están infestadas de animales salvajes, muy peligrosos. Tan peligrosos como esas terribles pitones cornudas de veinte metros de largo y casi cuarenta centímetros de grosor. El también sufrirá la soledad, Earl. La locura estallara definitivamente en su cerebro y lo llevará a la destrucción. El..., Lamouré se apoya en nosotros, ya lo sabes. En solitario, acabara pereciendo.
— ¿Y de qué nos servirá que él perezca? Al fin y al cabo, jamás podremos escapar de esta trampa —dijo.
Ese era el principal peligro: la decepción, la desolación. Los exploradores habían llegado a Re-Apharax para cumplir una misión importante, pero en la mente de todos estaba el regreso a la metrópolis de Blandikon, a la Confederación de Detrah-Ximbell, a todo

lo que les era familiar y entrañable. Allí, en aquel mundo —ahora angustiosamente remoto— de la Confederación, se hallaba todo lo que les importaba transcendentalmente: parientes, amigos, cultura, seguridad.
El hecho de que jamás pudieran escapar de Re-Apharax suponía la maldición, la desesperanza, el olvido.
Marcia lo había dicho tajantemente: habrían de esperar casi cuatrocientos días antes de que Hoorka se inquietara por ellos. Y aunque decidiera enviar un grupo de rescate, la ayuda no llegaría antes de mil días.
Abi pensaba en todo esto, mientras Earl reconocía minuciosamente a Ron Goodwind. Al cabo se puso en pie y dijo, sin mirar directamente a la mujer de los cabellos rubios:
—Se va recuperando, aunque lentamente. Dentro de unos días quizá esté en disposición de volver a la consciencia. Ahora, quisiera estar a solas, Abi. Iré a dar un paseo.
Abi permaneció en la tienda hasta la tarde. Entonces preparó un poco de comida y se la llevó a Marcia Campbell, la más afectada del grupo.
Se esforzaba en olvidar su propia pena para sacar a la jovencita de su estado de inercia.
—Vamos, come, cariño. Tienes que comer.
Marcia se resistía Quería dejarse morir, lo había repetido ya docenas de veces.
Pero de repente se irguió y arrebató el plato de las manos de Abigail.
— ¡Tienes razón, dame, he de reunir energías suficientes!
Y comenzó a comer bruscamente. Masticaba los alimentos sin paladearlos; los deglutía atolondradamente. En escasos minutos dio cuenta del plato.
Abi sonrió, comprensiva.
—Tenía la esperanza de que al fin reaccionarías —exclamó satisfecha —. Espera aquí. Te traeré más.
Pero lo mirada que Marcia le dirigió era sombría.
—Esto no es una fiesta, Abi. Si he aceptado tu comida es..., porque necesito fuerzas para matar a Lamouré —pronunció pausadamente—. Verás, ya no tengo a Jim. Él lo mató y vosotros lo habéis enterrado en algún lugar distante, en secreto. Tampoco volveré a ver a mis padres, ni a mis hermanos... No tengo fe religiosa, no me quedan esperanzas. Lo último que haré será matar a ese monstruo.
Estudió la expresión de Abi. Al ver reflejada en sus carnosas facciones la preocupación, dijo:
—No temas por mí. En realidad, yo ya estoy muerta. En cuanto a si tendré éxito en mis propósitos... Abi, hasta hace unos días, yo era una niña. Ahora soy una mujer. Sé que le gusto a Lamouré. Me acercaré a él con una sonrisa, me ganaré su confianza, lo excitaré. Y cuando

logre envanecerle y confiarle... le cortaré el cuello ¡con esto!
Rápidamente, Marcia sacó de entre sus ropas un aguzado estilete. Lo había estado afilando pacientemente durante las últimas jornadas y la hoja de metal cortaba como una navaja de afeitar...

CAPITULO III

A altas horas de la madrugada, Abi permanecía despierta.
Ron descansaba absolutamente quieto en su camilla, pero su mano era tibia, lo que demostraba que seguía vivo, aunque sumido en un desesperante letargo.
Abi se incorporó un poco, acarició con sus labios los hematomas del rostro varonil y se dejó caer nuevamente sobre el lecho.
Ron tenía seis costillas fracturadas. Los culatazos de Lamouré le habían roto, también, el tabique nasal, por lo que muy a menudo Abi tenía que esforzarse en limpiar su nariz con torundas de algodón.
—No padece hemorragias interiores —la había tranquilizado Earl aquella misma noche, antes de que los individuos de aquella paralizada comunidad se retiraran a descansar a las tiendas—. Si

tuviera dañado algún órgano interno, ya habría muerto. Con los vendajes y el tratamiento que le estamos aplicando, sus fracturas soldarán y los hematomas irán descendiendo. Todo irá bien. Ten confianza.

Era un buen hombre, Earl Hughes.

Pero como él mismo había declarado ante Abi, no era un hombre de acción. Sin embargo...

—Pídeme que me enfrente a Lamouré y lo haré. Sé que me destrozará, pero lo haré —prometió con un leve parpadeo nervioso.

—Gracias, Earl. Pero no pienso sacrificarte. Debe haber alguna otra salida —dijo ella, emocionada.

¡Si Ron despertara de su desesperante letargo! Abi confiaba absolutamente en él. Goodwind era un hombre muy inteligente, capaz de ganar a Lamouré sin necesidad de recurrir a la violencia. Esa era la solución.

Pero Ron seguía conmocionado, inútil por el momento.

A solas con sus pensamientos en la quietud de la noche, Abi se sorprendió recordando la reacción de Marcia Camp bell.

«Necesito fuerzas para matar a Lamouré... Lo último que haré será matar a ese monstruo.»

Era... otra solución.

Marcia estaba desesperada. No parecía posible que lograra superar su estado de suprema desolación. Y precisamente aquella desesperación le daría fuerzas para culminar su propósito.

Así que, si Marcia lograba eliminar a Lamouré, la situación no sería tan mala

El grupo de exploradores casi había llegado al límite de resistencia. Apenas les quedaban raciones para subsistir un par de jornadas. Después, el hambre y, quizá la muerte.

Sin embargo, si Lamouré moría podrían contar, en principio, con su fusil-láser, un recurso precioso a la hora de obtener carne fresca.

La selva bullía de animales salvajes, de corpulentos bóvidos y de herbívoros de raras especies. Eran fieras peligrosas, a las que no se podía cazar con las manos..., o con un simple machete. Hacían falta armas más eficaces.

Abi se movió inquieta en el lecho.

Al minuto siguiente se odiaba a sí misma por haber aceptado la idea del sacrificio de Marcia

—Es ese veneno... —murmuró—. Es la maldad que Lamouré ha logrado sembrar entre nosotros. Su propia ausencia de varios días, no es otra cosa que un recurso psicológico para que el terror se apodere de nosotros y comencemos a depender de él, imperceptiblemente.

Se incorporó.
Desde la lejana selva llegaban los bramidos tremebundos de las fieras.
Permaneció un momento examinando a Goodwind y al fin se decidió.
Un momento después abandonaba, silenciosa, la tienda de campaña.
Varias hogueras ardían alrededor del campamento, como medio disuasor para evitar el ataque de las bestias. Recostado sobre el contenedor de víveres —casi vacío—, dormitaba Gene Blackman, a quien la suerte había elegido aquella noche como centinela.
Abi atravesó la explanada, descorrió la cremallera que cerraba una de las tiendas y llamó en un susurro:
— ¡Eh, Earl! ¡Despierta!
Probablemente, el médico no había logrado conciliar el sueño, pues un momento después Hughes se reunió con Abigail fuera de la tienda.
— ¿Qué ocurre? — preguntó el médico, alarmado.
—Se trata de Marcia. No he podido dormir desde que...
Le contó en pocas palabras que Marcia había decidido asesinar a Lamouré.
—Bueno, no es un problema inmediato, pues ese tipo no ha regresado al campamento y sabe Dios si volverá. Pero estoy de acuerdo contigo. Marcia atraviesa una crisis tremenda. Será mejor que hagamos algo por ella. ¿Qué se te ha ocurrido?
—No tenemos muchos medios a nuestro alcance —respondió Abi—. Si ese loco no hubiera destruido nuestra nave... ¡Maldita sea, Earl, por qué incluyó Hoorka a Lamouré en nuestro equipo! —se desesperó la mujer, llevándose ambas manos a sus sienes, ardientes.
Hughes rió en la penumbra
—Tal vez Hoorka trataba de someternos a una suprema prueba —respondió irónico—. Está bien, recogeré mi maletín. Inyectaré un sedante a Marcia y, si estás de acuerdo, la llevaremos a la tienda de Ron. Lamentablemente, no dispongo más que de unas cajas de ampollas y es muy probable que necesitemos los sedantes para ocasiones más urgentes.
—Si es necesario, ataremos a Marcia a una camilla. Cualquier cosa antes que permitir el sacrificio de esa pobre muchacha —decidió Abi.
Fueron a la tienda de Marcia y, sin despertar a las cuatro mujeres que dormían junto a ella, Earl le inyectó el sedante.
Marcia se debatió un momento al sentir el pinchazo, pero entre ambos la sujetaron férreamente hasta que la inyección hizo su rápido efecto y la joven relajó sus músculos. En silencio, Earl y Abi sacaron la camilla y la depositaron en la tienda-enfermería.
—Abi, yo quisiera darte alientos, pero... —murmuró el médico con trémolo de angustia en la voz.
—Lo sé, Earl. Eres el único que conserva un ápice de lucidez y

decisión. Pero ahora nada podemos hacer. Vete a descansar. Yo también intentaré dormir.
Hughes se marchó a su tienda y Abi dio un paseo alrededor del campamento. Descubrió a Gene Blackman profundamente dormido, recostada su espalda en el contenedor de aluminio. Las hogueras que circundaban el campamento languidecían.
Abi tomó brazadas de gruesas ramas del montón que había en el centro de la explanada y avivó las fogatas.
Cuando las primeras luces del nuevo día acariciaron las frondas de la selva, Abi se retiró a la tienda-enfermería.
Ahora tendría más trabajo que nunca.
No sólo debería preocuparse de mantener a Ron con vida. También debía impedir que Marcia desafiara a la muerte.

Las provisiones se habían terminado por completo. A lo largo de los días anteriores, Abigail había venido guardando la mayor parte de sus raciones, previendo que los alimentos se acabarían pronto. De momento, Ron Goodwind permanecía en coma y continuaba siendo alimentado con suero. Pero si volvía en sí, necesitaría alimentos y Abi Duncan estaba dispuesta a dejarse morir de hambre con tal de sacarlo adelante.
Una sensación de angustia se extendía por el campamento. El malestar y la ansiedad de los expedicionarios eran ostensibles.
Habían transcurrido ocho días desde que Lamouré se ausentase aquella noche.
Burt Valentine paseaba, muy inquieto, de un extremo a otro del campamento.
— ¡No es posible que Jackson nos haya dejado abandonados a nuestra suerte! —murmuraba constantemente—. Él dijo que nos necesitaba. ¡Tiene que volver!
Pero transcurrió otro día y no volvió.
A escondidas, Abi alimentaba a Marcia Campbell con las raciones que había conseguido ahorrar. Cuando Marcia sufría un ataque de nervios, Abi avisaba urgentemente a Earl Hughes, el cual le inyectaba enseguida un sedante. Marcia dormía durante días seguidos, aunque al parecer su decisión de matar a Lamouré seguía latente. Para evitar una sorpresa desagradable, Abi la ataba por la noche a la camilla que la muchacha ocupaba junto al lecho de Ron Goodwind.
Algunas mujeres vagaban por la pradera en busca de hierbas comestibles. Por fortuna Wanda Nginma las acompañaba para asesorarlas y evitar que pudieran ingerir vegetales venenosos.
Al siguiente atardecer, Ben Ruthon y Sal Jones se armaron de valor y se dirigieron a la selva. Media hora después, Sal volvió a la carretera

exhalando alaridos de angustia. Según contó, jadeante, Ben Ruthon había sido corneado y pateado por un buey salvaje y tenía parte de los intestinos fuera.
Encabezando un grupo compuesto por cuatro hombres, Earl y Abi corrieron al lugar del accidente. Por el camino, el excitado Sal les explicó que ambos habían subido a un árbol con intención de dar caza a algún animal comestible. No tardaron en ver aparecer un corpulento bóvido semejante a un gran búfalo. El animal acudía a abrevarse, desconfiado, al manantial que brotaba entre unas rocas. Ben no lo pensó mucho: machete en mano se dejó caer sobre la presa, ansioso de clavarle el acero en el morrillo.
—Pero el buey alzó la cabeza con ímpetu y Ben erró el golpe. Luego… bueno, aquella fiera salvaje lo corneó en el suelo y se cebó con él. Yo..., no pude hacer otra cosa que aguardar a que el animal se marchara —terminó Sal Jones.
Los guió a través de la tupida selva y al fin llegaron al arroyuelo que formaba el manantial. Ben estaba caído de bruces sobre el agua, que desaparecía entre el follaje manchada de rojo.
Earl volvió boca arriba a Ben. Una exclamación de terror brotó de todos los labios al ver su vientre abierto.
—Está muerto —dijo Earl con voz transida por la emoción—. No podemos hacer otra cosa por él que sacarlo de aquí y darle sepultura.
Antes de que anocheciera, pusieron el cadáver en una camilla y lo llevaron al campamento envuelto en una manta. Los hombres cavaron una fosa profunda al lado del campamento y lo enterraron.
Haciendo un tremendo esfuerzo por contener las lágrimas, Claire Parrish, compañera del difunto, escribió las palabras «BEN RUTHON» en una tabla, que ató a un listón e hincó sobre el túmulo de la sencilla sepultura.

CAPITULO IV

Al amanecer, despertaron bruscamente. Las alegres notas de una trepidante marcha militar resonaban, atronadoras, en sus oídos.
Se abrieron las tiendas y asomaron los rostros sorprendidos de los expedicionarios.
Un gran overcraft había llegado hasta el borde de la explanada y aún flotaba en el aire la polvareda levantada por el vehículo. Era de aquel

enorme automóvil, que se desplazaba sobre un colchón de aire comprimido, de donde provenía la estridente música.
Se abrió una portezuela y Jackson Washington Lamouré bajó a tierra de un salto.
— ¡Vamos, despertad, despertad! —gritó gesticulante—, ¡El sol acaba de salir y hay muchas cosas por hacer!
Los expedicionarios fueron abandonando las tiendas y se miraron entre sí, consternados. El tirano parecía muy alegre... ¿No entrañaría su alegría un nuevo peligro?
El primero en adelantarse hacia Lamouré fue Burt Valentine.
— ¡Al fin! —exclamó, anhelante—. Llegamos a temer que te hubieras olvidado de nosotros.
I El gigantesco ingeniero dejó escapar una estentórea carcajada y apoyó sus formidables manazas en las caderas.
No vestía más que un corto maillot elástico y unas flexibles botas de caña alta. Su desarrollo muscular era sorprendente, aunque inarmónico: demasiados músculos en brazos y hombros para unas piernas excesivamente largas y delgadas.
—Veo que me habéis echado en falta, ¿eh? — exclamó con jactancia.
«¡Hipócrita! —pensó Abi Duncan—. Sabes muy bien que llevamos varios días sin comer. Burt Valentine parece dispuesto a adularte con tal de llenar el estómago.»
En efecto, Valentine se había apresurado a acercarse a Lamouré, sonriente.
— ¿Por qué tardaste tanto, Jackson? ¡Nos has tenido sobre ascuas! Los víveres se terminaron y no disponemos de armas para cazar —dijo.
—Tranquilizaos. Os traigo comida abundante y podréis comer hasta hartaros. Pero eso apenas tiene importancia... ¡Os traigo un regalo mil veces más importante! ¡Esperad!
Lamouré subió al overcraft y tomó algo en sus manos que exhibió un momento después ante los admirados expedicionarios: una gran plancha redondeada de metal dorado tan amplia como una mesa y de una pulgada de grosor.
— ¿Qué es eso? —inquirió Valentine, excitado.
Lamouré alzó la pesada plancha sobre su cabeza, tensó sus imponentes músculos y lanzó aquel disco con tanta fuerza que fue a aplastarse a pocos pasos de Abi Duncan.
— ¡Oro! Es oro puro —exclamó, triunfante—. Durante los últimos días he recorrido grandes extensiones de terreno en busca de un lugar adecuado donde construir mi palacio. Y allí, a unos centenares de metros de la falda del volcán Zero, descubrí una gran plataforma pavimentada en oro puro. ¿Comprendéis el alcance de mi descubrimiento? ¡Allí hay centenares, quizá miles de toneladas de oro!

Burt volvió sobre sus pasos y se inclinó, excitado, sobre la gran plancha metálica. Palpó el metal con sus dedos, que chupó luego, como para cerciorarse que era oro verdaderamente.
— ¡Lamouré tiene razón! ¡Es oro, oro purísimo! —exclamó, fuera de sí
— Y, si como él dice, al pie del volcán Zero existe toda una explanada cubierta de oro de una pulgada de grosor... ¡somos todos ricos, riquísimos!
El comentario de Abi Duncan enfrió su entusiasmo.
— ¿Y me puedes decir de qué nos servirá todo ese oro? Burt, el oro no se come. Por lo demás, jamás podremos gozar de esas riquezas, porque Lamouré, fanáticamente, nos impedirá volver a Detrah-Ximbell.
La sonrisa de Lamouré se extinguió.
—Ah, la eterna derrotista de Abi Duncan —gruño desdeñoso—. Te diré una cosa: el oro es oro en todas partes, sea en Detrah-Ximbell, en Re-Apharax o en el mismísimo infierno. Por otra parte, ya he pensado en darles un destino noble a estas láminas doradas: me servirán para recubrir el palacio-fortaleza que pienso erigir muy pronto.
Abi inclinó la cabeza, desalentada. Al parecer, el delirio de grandeza de aquel criminal no tenía límites.
Dirigió una mirada a sus compañeros: algunos de ellos parecían hipnotizados por el brillo de la plancha dorada.
«Estúpidos —pensó—, ¿Creerán que esa gran cantidad de oro, en el caso de que Lamouré haya dicho la verdad, les servirá de algo?»
—Quisiera saber algo acerca de ese fabuloso palacio —oyó decir a Earl Hughes—, ¿Cómo piensas construirlo? Según tengo entendido, no dispones de otros vehículos que el *overcraft* y un tractor. Ya sé que tú cuentas con nosotros para levantar ese soberbio edificio, pero incluso así una obra de tal importancia nos llevaría años enteros.
— ¿Y qué prisa tenemos? —se burló Lamouré—. Tenemos el resto de nuestras vidas por delante... Por cierto, eso me recuerda que os traigo otra sorpresa.
Lamouré retrocedió hacia el overcraft y gritó a través de la portezuela:
— *¡Güembo, Güembo!*
Se vio aparecer un grueso brazo peludo y luego una cabezota enorme. Un colosal cuadrumano descendió pesadamente del vehículo y los miró a través de dos ojos rojizos.
Los expedicionarios iniciaron un movimiento de retroceso al contemplar al monstruo peludo de casi tres metros de altura. Incluso Lamouré parecía pequeño e insignificante comparado con aquel coloso de largos brazos musculosos y abombado tórax, que debía pesar no menos de trescientos kilos.
Al verlo aparecer, Burt había retrocedido de un salto.
— ¿Qué diablos es eso? —murmuró con un hilo de voz
Lamouré respondió con una carcajada.

—No temáis. *Güembo* es inofensivo..., si yo quiero que lo sea —dijo.
— ¿Es un... un gorila?
—No exactamente. Es un antropoide, una especie de homínido muy inteligente. Estos antropoides viven en las espesas selvas situadas al sur del volcán Zero. Son extraordinariamente tímidos y muy dóciles, aunque excesivamente pesados y lentos de movimientos. Sin embargo, poseen una fuerza descomunal: he visto arrancar a un *Güembo* un árbol con un tronco de cuarenta centímetros de diámetro.
— ¿Cómo... cómo has logrado... domesticarlo? —insistió Burt Valentine, con desconfianza manifiesta.
—Es un secreto, que pienso reservarme por el momento. Puedo deciros, sin embargo, que estos homínidos son sumamente inteligentes. Combaten a los felinos de la selva con palos aguzados, con los que atraviesan fácilmente a sus depredadores. *Güembo* puede convertirse en una furia destructora, pero, como podéis comprobar, es buen amigo mío. Os haré una demostración. ¡Eh, *Güembo*! —gritó con fuerza—. ¿Puedes demostrarme tu amistad?
El monstruo peludo entornó sus ojos rojizos, alzó un brazo y lo dejó caer con suavidad sobre los hombros de Lamouré. Fue una especie de caricia, pero las rodillas de Lamouré se doblaron bajo el impacto.
—Muy bien, *Güembo*. Vuelve ahora al *overcraft* —ordenó Lamouré, señalando con un ademán perentorio el vehículo.
El colosal homínido giró con lentitud y se dirigió, obediente, al *overcraft*, que se inclinó levemente cuando el animal ascendió.
—Quizá esto responda a tu pregunta, Earl —dijo Lamouré, mirando fijamente al médico—. En las selvas del volcán Zero hay varios centenares de estos antropoides, que utilizaré para acarrear grandes pesos y en otros menesteres secundarios, que exigen un gran esfuerzo físico. Vosotros seréis los que dirigiréis a las cuadrillas de obreros antropoides.
Calló un momento y observó las reacciones de sus antiguos compañeros. Nadie hizo ningún comentario.
Lamouré dijo a Valentine:
—Hay un contenedor con provisiones en la zona de carga del overcraft. Descargadlo.
Varios hombres se encargaron de aquella tarea.
— ¿Cuándo... cuándo piensas dar comienzo a la construcción de ese edificio? —preguntó a Lamouré el doctor Hughes.
—Palacio-fortaleza —lo rectificó el tirano—. Aún es pronto. Estoy esbozando los planos. Y, por cierto, necesito el asesoramiento técnico de un buen arquitecto... ¿Burt? —preguntó volviéndose hacia Valentine.
Abi Duncan observó a este último con curiosidad. Burt Valentine era arquitecto, además de un prestigioso arqueólogo. Precisamente

formaba parte de la expedición a Re-Apharax en virtud de sus conocimientos de Arqueología, aunque hasta la fecha, los expedicionarios no habían descubierto vestigios de construcciones en la zona explorada del planeta. Realmente, tampoco habían conseguido demostrar que Re-Apharax hubiera estado habitado por hombres u otros seres sumamente inteligentes.
Por un momento, Abi abrigó la esperanza de que Burt se negase a secundar al rebelde. Pero el arquitecto sonrió y se frotó las manos.
—Por supuesto, Jackson, estoy dispuesto a ofrecerte toda la ayuda que necesites — respondió, adulador.
—En tal caso, sube a bordo. En cuanto a vosotros, seguid aquí. Vendré a por vosotros cuando haya encontrado la localización idónea de mi futura sede —dijo Lamouré.
«Dios mío — murmuró Abi, furiosa—. Es el hombre más presuntuoso del Universo.»
Lamouré se disponía a subir al vehículo en pos de Valentine, cuando Earl Hughes alzó un brazo:
— ¡Un momento Jackson!
Lamouré se volvió con un gesto de intenso fastidio.
— ¿Por qué me molestas ahora?
—Tienes que escucharme. Esta situación no puede continuar así. Hemos padecido sed, hambre y miedo, durante varios días. No es justo que tú ejerzas el poder absoluto y utilices los bienes que corresponden a todos. No podemos supeditarnos a tus caprichos. Durante muchos días hemos permanecido al borde de la selva, indefensos.
— ¿Qué quieres decir? —preguntó Lamouré entornando la ojos en una expresión cruel.
—Debes entregarnos algunas armas. De esta forma podremos cazar y defendernos de las fieras —explicó Hughes.
Lamouré le dirigió una sonrisa cínica.
—No me fio de vosotros. Y no os otorgaré mi confianza hasta que me hayáis demostrado, sin lugar a dudas, vuestra lealtad.
—¡¡Jackson!! No somos tus siervos —gritó Abi Duncan, rabiosamente.
—Tampoco lo pretendo. Aquellos en los que yo deposite mi confianza gozarán de todos los honores y placeres. Los demás..., serán simplemente mis súbditos —respondió Lamouré con arrogancia infinita.
Abi le dio despectivamente la espalda y penetró en la tienda-enfermería.
—Te lo ruego, Jackson —suplicó Earl Hughes—. Sin armas, estamos expuestos a morir estúpidamente. Danos, al menos, uno de esos fusiles con carga química. Sólo para defendernos de las fieras. ¿Sabes lo que es oír cada noche los bramidos de bestias salvajes?

—Claro que lo sé. Yo también las oigo cada noche y me duermo arrullado por sus rugidos —afirmó Lamouré, cínicamente, pues él disponía del cobijo del overcraft—. Por lo demás, estoy seguro de que sabréis cuidaros. Oídme, es importante que os habituéis a vivir en este entorno salvaje. Y ahora...
— ¡Un momento todavía! —exigió el médico—. Tienes que saber algo: un hombre a muerto por tu causa.
— ¿Peterson? Fue necesario sacrificarlo. Su muerte hará posible mi proyecto de un Imperio de Re-Apharax.
— ¡No se trata de Peterson..., aunque fue un crimen imperdonable! —protestó valientemente Hughes—, Es Ben Ruthon. Murió por tu causa. Nos sentíamos desesperados al carecer de alimentos. Ben trató de cazar un buey en la selva, pero el animal lo destrozó. ¿Es qué no tienes entrañas, Jackson?
—Posiblemente no —respondió Lamouré, divertido—, Pero puedo asegurarte que poseo una mente lúcida. Empujó a Burt Valentine hacia el vehículo y subió en pos de él. El *overcraft* trepidó levemente, giró sobre sí mismo y se alejó hacia el sur.
El sol Phi se reflejaba cegador sobre la gran plancha dorada que Jackson Washington Lamouré había arrojado a los pies de Abigail Duncan.

CAPITULO V

Earl apartó la lona y asomó la cabeza dentro de la tienda, Abi se retorcía nerviosamente las manos al lado de los inmóviles Marcia Campbell y Ron Goodwind
—Abi...
Ella irguió bruscamente la cabeza.
— ¿Qué?
—Ven a recoger tu ración y las de los enfermos —dio Earl, suavemente.
—Iré luego. Yo no tengo hambre.
—Vamos, no seas niña. Debes estar a punto del desmayo. Velas a Marcia y Ron casi toda la noche y apenas has probado bocado. ¿Vas a ser tan rebelde como Marcia?
Abigail se puso bruscamente en pie. Tenía una figura hermosa,

rotunda. Y Earl la acarició con la mirada, aunque aparto los ojos cuando ella lo encaró directamente.
—Ahora puedo comprender perfectamente la reacción de esta pobre muchacha —habló con un trémolo de fiereza en la voz— ¡Dios mío, odio a ese energúmeno con todas las tuerzas de mi corazón! Creo... creo que ninguna persona decente tendría escrúpulos a la hora de matar a Lamouré.
Earl le oprimió un brazo con dulzura.
—No perdamos el control de nosotros mismos, Abi. No perdamos la serenidad nosotros —recalcó con énfasis.
Ella alisó sus dorados cabellos con un gesto maquinal, nenes razón, Earl. Ha sido un momento de desfallecimiento —se disculpó.
Salieron de la tienda y caminaron hacia el contenedor. A Abigail le disgustó que sus compañeros demostrasen tanta fruición devorando sus raciones de alimentos. Al parecer, a ellos les bastaba, por el momento, con llenar sus estómagos.
Claire Parrish alzó la tapa del contenedor y le entregó tres raciones. Después cerró y le ofreció la llave, que Abi deslizó en un bolsillo.
De un vistazo había calculado la cantidad de provisiones que había en el contenedor. Apenas bastarían para alimentarlos durante una semana.
—«Os traigo alimentos abundantes...» —remedó con ironía las petulantes palabras de Lamouré, poco después de llegar al campamento. Miró de reojo a Earl y planteó, tremante—: ¿Es que no hay ninguna esperanza para nosotros?
Hughes movió la cabeza, preocupado.
—No lo sé —respondió sincero—. Si al menos estuviéramos unidos… Pero Jackson es diabólicamente inteligente. Debo decirte la verdad, Abi: temo que Lamouré terminará dividiéndonos. Ya se ha llevado a Valentine, ganado por la esperanza de que ese déspota sea generoso con él. Verdaderamente no sé qué puede depararnos el porvenir.
—Si al menos estuviéramos unidos... —repitió Abi, mientras caminaban despacio hacia la tienda-enfermería—. Pero ya ves a nuestros camaradas: parecen felices porque pueden comer. Pero ¿hasta cuándo? Me temo que ese canalla nos está sometiendo a una especie de tortura psicológica. Burt estaba loco porque llegara Jackson. Quizá, dentro de unos días, a nosotros, nos ocurra otro tanto.
Earl la tomó impetuosamente por un brazo.
— ¡No! No lo permitiré... Bueno, quiero decir: esto tiene que cambiar.
Iré a echar una ojeada. Tal vez descubra el lugar donde Lamouré descansa por la noche. Me gustaría que me acompañara alguien, pero...
—No, no te dejaré ir. Tú tienes que quedarte aquí, cuidando de Ron y

Marcia Iré yo. Tengo un machete, será prudente — prometió ella.
—Pero, Abi, no puedo consentir... —se estremeció el médico.
—Sí que puedes. Voy a dejar las raciones en la tienda. Después abandonaré el campamento discretamente. No me fio de nadie, excepto de ti.
Hughes accedió a regañadientes. De todas formas, Abi estaba firmemente decidida a llevar a cabo aquella salida de exploración.
—Ponte el sombrero, toma la cantimplora. Y aléjate de la selva. En la pradera abundan manadas de herbívoros, pero no son peligrosos. Ah, y toma esta jeringuilla: está cargada de una solución paralizante. Si te ves en un apuro, clávala a quien te ataque. Y cuídate, te lo ruego.
—Tendré cuidado, Earl. Por otra parte, es preciso correr cualquier riesgo para resolver esta situación —respondió Abi con firmeza.
Earl la vio abandonar el campamento disimuladamente hasta alcanzar la sucesión de colinas herbosas que se alejaban hacia el sur. Allá en la lejanía, se destacaba sobre la neblina azul el erguido cráter del volcán Zero.
Earl permaneció al borde del campamento hasta que Abi se perdió de vista. Entonces entró en la tienda-enfermería y examinó a Marcia. La joven dormía todavía bajo el efecto de la inyección que le había administrado la noche anterior.
Estaba observándola cuando escuchó un quejido. Se volvió vivamente y advirtió que los labios de Ron Goodwind se movían.
—A-g-u-a — le oyó murmurar, torpemente.
Tomó apresuradamente una botella de agua, la destapó y la acercó a los labios de Ron. Vertió el agua cuidadosamente, pues sabía que el enfermo permanecía en estado semiinconsciente y podía ahogarse.
Ron bebió ávidamente una cantidad discreta de líquido. Earl lo oyó suspirar y sus párpados se movieron.
—Abi... — murmuró.
Earl le tomó la mano izquierda, que Lamouré había magullado a culatazos.
—Abi ha salido a... dar un paseo. Ron. Volverá. Ahora tienes que descansar.
El enfermo trató de afirmar su visión.
— ¿Earl?
—Sí, soy yo. ¿Sabes? Hemos estado muy preocupados por ti, pero ahora... todo irá bien, amigo mío —habló el doctor Hughes—, Voy a… a ponerte una inyección para que descanses y te recuperes rápidamente. Ron, te necesitamos. Pero... todo va muy bien.
— ¿Abi? —articularon por segunda vez los labios de Ron Goodwind.
—Salió, pero volverá pronto. Cuando despiertes de nuevo... —Hughes preparó diestramente la inyección—, ella estará aquí, a tu lado.

El sedante hizo su efecto en pocos minutos. Ron cerró los ojos y su pecho se hinchó y deshinchó suavemente al compás de la rítmica respiración.
Las horas del día transcurrieron lentas y monótonas. A cada momento, Earl abandonaba la enfermería y avizoraba hacia el sur con la esperanza de vislumbrar la silueta de Abigail.
Pero el sol declinó, los ardores que les habían atormentado desde el amanecer cedieron considerablemente y... Abi seguía sin aparecer. Earl se debatía de un lado a otro incapaz ya de dominar sus nervios.
«Ha debido sufrir un accidente. Ella me prometió regresar antes de que oscureciera y..., se está haciendo de noche», pensó con los nervios a flor de piel.
Estaba a punto de abandonar el campamento en su busca, cuando divisó un puntito en el horizonte, en medio de la pradera. Al fin, su silueta se fue haciendo más nítida y Earl reconoció a Abi. A unos quinientos metros de distancia, Abi cayó pesadamente al suelo y Hughes corrió hacia ella sir disimulos.
Cuando se inclinó hacia ella, Earl se aterró: las delicadas facciones de la joven estaban cubiertas de pústulas, provocadas por las quemaduras solares. Su vestido estaba deshecho en jirones y sus brazos, cuello y pecho surcados de profundos arañazos.
La tomó en brazos y corrió desoladamente hacia el campamento. Su llegada sólo provocó unas miradas de curiosidad por parte del resto de los expedicionarios.
Apresuradamente. Earl la tendió en el suelo y aplicó en el rostro de Abi compresas de agua fresca. Abi volvió en si poco después.
— ¡Por el amor de Dios, Abi!, ¿qué te ocurrió?
—Caminé y caminé hacia el sur hasta el mediodía... No había hallado huellas de Lamouré y su overcraft y me sentía rabiosa El sol me deslumbraba y me quemaba mi rostro, pero seguí hacia el sur hasta que... comprendí que me había extraviado... Descansé un poco y decidí regresar, procurando no perder el rumbo norte... Atravesaba la sabana, cuando de repente me di de manos a boca con uno de esos impresionantes tigres «colmillos de sable». La fiera había abatido un antílope y lo estaba devorando junto a un tupido matorral… Me asusté e intenté retroceder, pero el tigre cayó sobre mi espalda y me derribó...
Jadeó, hizo una profunda inspiración y continuó.
Sentí sus garras sobre mi carne y creí morir. Súbitamente recordé la jeringuilla que tú me habías dado... El felino babeaba sobre mí dispuesto a destrozarme la garganta de una dentellada cuando... logré clavarle la inyección en el vientre... El efecto fue... fulminante. Cayó sobre mí y su peso me aplastó... No sé cómo tuve fuerzas para apartar sus trescientos kilos de peso... Sólo sé que corrí hacia aquí

enloquecida... Había perdido el sombrero y los rayos de sol me martirizaban... Creo que fue el pensamiento de que Ron me necesitaba lo que...
Calló. Earl tenía una expresión dolorida.
—Lo siento. Earl. Yo...
—No tienes que disculparte por nada. Relájate. Ahora estas a salvo. Voy a desinfectarte esos arañazos y después te pondré un sedante. Confía en mí. Yo te cuidaré —prometió el doctor Hughes—. Tengo una hermosa noticia para tí, cuando despiertes.

Abi despertó al amanecer.
Al intentar incorporarse se sintió dolorida y magullada y decidió descansar un poco más. Recordó entonces la odisea del día anterior y los solícitos cuidados de que Earl Hughes la había hecho objeto.
Giró la cabeza y miró a Ron. Algo había cambiado en la actitud del hombre que amaba. No era solamente que los hematomas de su rostro estuvieran prácticamente curados, sino algo diferente. El pecho de Ron se hinchaba considerablemente y su respiración era profunda y constante.
¿Habría superado Ron su crítico estado de letargo? ¿Era esa .la «hermosa noticia» que le había anunciado Earl?
El corazón latió con fuerza en su pecho. Instantáneamente advirtió que se sentía más animada y que las fuerzas volvían progresivamente.
Entonces se inclinó sobre los codos y miró hacia Marcia. De un brinco se puso en pie... ¡Marcia había desaparecido!
El corazón se le desbordó en el pecho. Abandonó la enfermería y fue a la tienda de Earl, que salió en seguida, despeinado y ojeroso.
— ¡Earl! ¡Marcia ha desaparecido!
Hughes palideció aún más de lo que ya estaba.
— ¡Dios nos proteja! Me temo que anoche olvidé atarla a la camilla —murmuró, contrito.
Inquietos escrutaron la pradera y recorrieron el campamento. Ni rastro de la jovencita.
Decidida ya, Abi despertó a todos. Nadie sabía de Marcia. Registraron las tiendas, pero no la hallaron.
—Hay que encontrarla —dijo Abi, impaciente—. Marcia está trastornada y puede cometer una locura irreparable. Seré yo quien vaya en su busca.
Pero Hughes la retuvo por un brazo.
— ¡Ni lo pienses! No te encuentras en estado de realizar ningún esfuerzo. ¿No hay ninguno de vosotros que esté dispuesto a acompañarme? —preguntó, taladrando a sus compañeros con la

mirada.
Al fin, tres hombres dieron un paso hacia adelante. Eran Pete Hawkins, Fred Kramer y Andy Carrera.
—Muy bien. Coged vuestros machetes y seguidme —Earl se volvió hacia Abi—. Y tú, por lo que más quieras, vuelve a la enfermería.
Un momento después se alejaban, después de encontrar el rastro que Marcia había dejado en la hierba.
Volvieron pocas horas más tarde. Habían construido una rudimentaria camilla sobre la que traían el cuerpo de Marcia.
Abi, que les estaba esperando, supo que la muchacha estaba muerta mucho antes de que los cuatro hombres llegaran al campamento. De todas formas, un grito de angustia brotó de su garganta cuando Andy Carrera y Fred Kramer depositaron la camilla en el suelo.
—No fue muy lejos —explicó Earl—. La encontramos a unos cinco kilómetros de aquí, en medio de la pradera. Yacía boca arriba y encontramos el estilete junto a ella. Marcia se abrió las venas de ambas muñecas y esperó que le llegara la muerte.
Abi lloró en silencio, mientras contemplaba las facciones aniñadas de Marcia. Alrededor del cadáver, se habían ido reuniendo los restantes expedicionarios hasta formar un corro.
Todos se sentían angustiados y... asustados. Sólo que ellos, a diferencia de la infeliz Marcia se aferraban desesperadamente a la vida.
Los hombres tomaron la camilla y se alejaron hacia el lugar donde había sido enterrado Ben Ruthon. Cavaron una fosa honda, envolvieron el cadáver en una manta y le dieron sepultura.
Abi volvió como un autómata hacia la tienda-enfermería Se detuvo allí, angustiada, y pensó que, al fin y al cabo, Marcia había encontrado su liberación.
Sombríos pensamientos la atormentaron durante unos minutos. De pronto, escuchó una voz conocida que sonaba dentro de la tienda:
—Abi... Abi...
Era Ron que había vuelto en á y la contemplaba con ansiedad.
Abi no tuvo más remedio que olvidarse de Marcia y su tragedia.

CAPITULO VI

—Es... como si hubiera resucitado —dijo él.
Earl le había retirado la sonda y Ron bebía un vaso de caldo caliente.
—Sí, has vuelto con nosotros. Ron. Dios es misericordioso —respondió Abi, tragándose las lágrimas.
—Pero ¿por qué lloras? Supongo que Lamouré no... ¿Dónde está ese loco?
Abi no quería perturbarle. Si tenía que mentir, mentiría.
—Se marchó. No ha vuelto. Ojalá no volvamos a verle el resto de nuestros días.
Ron terminó el consomé y se recostó en el lecho. Parecía satisfecho. Una leve sonrisa distendía sus labios que estaban casi cicatrizados.
—No te preocupes, Abi. Yo me haré cargo de la situación en cuanto me haya recuperado por completo. Ten confianza. Estamos vivos, ¿no es cierto? Eso es lo que importa.
—Sí, amor mío, tienes razón: Eso es lo que importa —asintió ella, aunque estuviera muy lejos de sentirse esperanzada.
A Ron los párpados le pesaban como plomo. Había superado el shock, acababa de comer por primera vez en muchos días y lo embargaba un dulce sopor. Poco después estaba profundamente dormido. Abi lo acarició con suavidad, dejó escapar un suspiro y abandonó la tienda.
Divisó a Earl Hughes sentado en una roca al borde del campamento y se acercó a él. Earl estaba desbrozando una larga y flexible vara.
— ¿Qué haces?
—Un arco primitivo. Se me ha ocurrido una idea: colocar una pequeña jeringuilla de tóxico paralizante en la punta de una flecha. Podría ser un arma efectiva para cazar o defendernos del ataque de una fiera —respondió el médico.
— ¡Espléndido! — lo aplaudió Abi—, Y en relación con las fieras...
—Earl escrutó sus facciones y comprobó que las costras comenzaban a desprenderse.
—No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Imagino que ambos teníamos la mente ocupada en el cuidado de Ron y Marcia...
—Explícate.
—Earl, ¿no es cierto que cada noche continuamos oyendo los

bramidos de las fieras en el lindero de la selva?
— ¡No me lo recuerdes! Apenas puedo dormir. Esos rugidos salvajes me ponen los pelos de punta —respondió el médico.
—Y. sin embargo, una gran parte de la selva quedó arrasada por el fuego. En realidad, una ancha franja de varios kilómetros, desde la pradera hasta la zona de los pantanos.
-Sí. ¿Y...?
—Los animales debieron huir lejos, ahuyentados por el fuego. Además, la zona ha quedado desolada, cubierta de cenizas. Reflexiona sobre esto, Earl: los herbívoros no frecuentan las zonas devastadas, donde no encontrarán nada que comer. Y si no hay herbívoros, no hay depredadores, fieras...
— ¿Quieres decir que Lamouré...?
—Sospecho que ese canalla se ha estado burlando de nosotros. Las fieras más próximas deben estar a varios kilómetros de distancia y no es muy probable que nosotros escuchemos sus voces desde el campamento.
— ¡Naturalmente! Ahora que lo pienso, tal vez Lamouré regresase cada noche en su overcraft hasta las cercanías del campamento y se ocultase entre los pocos árboles que el fuego respetó. El *overcraft* está dotado de un potente reproductor sonoro. ¿Crees que ese tipo está tratando de asustarnos?
—Sí, eso es lo que pienso. Y voy a echar una ojeada a la zona devastada por el fuego —decidió Abi.
—Espera. No quiero que vayas sola. Te acompaño.
No hallaron huellas del *overcraft* sobre la capa espesa de cenizas que cubría el suelo. Abi escrutaba con atención un grupo de árboles a medio quemar. Y al fin halló algo allá arriba, entre dos ramas. Gateó ágilmente por el tronco y descubrió un pequeño magnetófono, un mecanismo de relojería, un panel solar que alimentaba una batería y un potente altavoz. Todo lo cual arrojó con ímpetu contra el suelo.
—Esas eran las fieras que nos aterraban cada noche —clamó Abi, furiosa, extrayendo del aparato reproductor un pequeño disco metálico.
Earl lo contempló, absorto.
—Evidentemente, Lamouré posee una imaginación diabólica. ¿Qué pretendía con esto? ¿Asustarnos?
—Asustarnos y mantenemos dentro de los límites del campamento, sin posibilidad de huir ni de arriesgarnos a intentar la caza —respondió Abi.
Regresaron lentamente al campamento.
De pronto, Abi dijo:
—Si yo no fuera una mujer razonable, pensaría que Lamouré tiene poderes sobrenaturales. ¿Viste cómo se hacía obedecer por aquel

colosal antropoide, *Güembo*? ¿Cómo lo habrá conseguido?
—No es preciso poseer poderes sobrenaturales, Abi. Los monos son los animales más inteligentes del reino animal, excluido el hombre...
—Pero, Earl, se trataba de un coloso que podría destrozar a Lamouré con sus propias manos...
—A pesar de ello —rebatió Hughes—. Recuerda una cosa: durante los días que precedieron a la destrucción de nuestra astronave, Jackson tuvo tiempo de sacar de ella cuanto le hizo falta..., incluidos los fármacos y drogas que se almacenaban allí. Pudo utilizar alguna droga con ese animal, al que mantiene subyugado. Existen drogas que pueden inhibir la voluntad en los humanos o el instinto en los animales. Decididamente, no creo que Lamouré posea poderes mágicos.
—Para mí viene a ser la encarnación de un espíritu maligno. Y te advierto, Earl: Lamouré volverá a sorprendernos con alguna de sus diabólicas ideas.
Hughes movió la cabeza, preocupado. Pero no hizo más comentarios.
Aquella noche no se oyeron los aterradores bramidos de las fieras salvajes. Por primera vez, Abi pudo gozar de un sueño profundo y reparador.

Los víveres que había traído el déspota se terminaron y de nuevo surgió el fantasma del hambre.
Abi temía, sobre todo, por Ron, a quien consideraba demasiado débil todavía Sin embargo, Goodwind se había levantado ya del lecho y daba cortos paseos por los alrededores del campamento. Demostró un gran interés por el arco y las flechas que Earl estaba preparando e incluso le dio algunos consejos al respecto.
Y, al fin, acabáronse las provisiones. Ron Goodwind pidió a sus camaradas que se acercaran y les habló:
—No pienso cruzarme de brazos, a la espera de que Lamouré se conmueva y nos traiga algunas provisiones. Earl ha construido un ingenioso sistema para obtener carne fresca. Podríamos formar un grupo y partir de caza. Yo os asesoraré: tengo alguna experiencia en la caza mayor —propuso.
—Demasiado arriesgado —comentó Brady Lemain.
—Además, ¿para qué exponemos a sufrir el ataque de una fiera… con un simple arco y unas flechas emponzoñadas? —le apoyó Gene Blackman—. Lamouré no se ha olvidado de nosotros, no nos dejará morir de hambre. Volverá.
Los demás se manifestaron en semejantes términos. Tras escucharlos. Ron les lanzó una mirada relampagueante de sus claros ojos azules.

—Sois unos cobardes. Terminaréis arrojándoos en brazos de ese asesino —dijo. Y les dio la espalda.

Aún no había salido el sol a la mañana siguiente, cuando Goodwind los despertó a gritos.

Cuando salieron de sus tiendas, abotargados por el sueño, vieron a Ron en medio de la explanada. Cargaba a sus espaldas con dos grandes ancas de antílope y llevaba el arco de Hughes en la mano derecha.

— ¡Comed hasta hartaros! —gritó. Y dejó caer la carne fresca sobre uno de los contenedores—. El resto del antílope está a poco más de dos kilómetros de aquí, sobre unas rocas. Espero que al menos os molestéis en traer la carne que resta. Con el estómago lleno, no tendréis que suplicar por la vuelta de Lamouré —exclamó furioso.

Sus compañeros bajaron la vista, avergonzados. Pero cuando Ron caminó hacia la tienda, a cuya entrada lo aguardaba Abi Duncan, la mayoría se abalanzaron sobre la carne y cortaron grandes pedazos, que pusieron a asar sobre las brasas de las hogueras que aún humeaban al amanecer.

Abi se precipitó en los brazos de Goodwind.

— ¡Loco! ¡Me has dado un susto de muerte! — le reprochó—. Cuando tus gritos me despertaron y vi tu cama vacía, me sentí aterrorizada. ¿Por qué has hecho esto, Ron? Tú aún no estás en condiciones de hacer grandes esfuerzos físicos.

Una sonrisa distendió los labios a medio cicatrizar de Goodwind.

—Alguien tenía que hacerlo—respondió.

Al atardecer, Abi descubrió una nube de polvo en el confín del horizonte.

— ¡Aprisa! —reaccionó Abi con toda urgencia—, ¡Vuelve a la tienda, Ron!

—Pero ¿por qué? —se resistió el hombre.

—Lamouré se acerca No quiero que sepa que estás casi restablecido. Mientras siga creyendo que estás fuera de combate, se sentirá más confiado. Déjame hacer a mí.

Goodwind volvió a su tienda a regañadientes. Abi dirigió una mirada a la pradera. Los pastos se ondulaban al paso del poderoso overcraft que se acercaba vertiginosamente.

Los expedicionarios se pusieron en pie, entre temerosos e impacientes. Al fin, el vehículo se detuvo al borde del campamento. Abi contenía su respiración, tensa como un fleje de acero.

Se abrió la puerta del vehículo y Burt Valentine bajó de un salto.

Llevaba un fusil-láser en la mano y Abi comprendió de un vistazo que

algo había cambiado en él. Sus movimientos eran rígidos y llenos de arrogancia. En sus ojos castaños había un fulgor extraño. Se había plantado con las piernas abiertas al píe del vehículo y contemplaba a los expedicionarios con una expresión de superioridad.
—Esperabais a Lamouré, ¿no es cierto? —exclamó—. Pues bien, el jefe no vendrá, por ahora.
— ¿Has traído víveres, Burt? —preguntó Gene Blackman, con ansiedad.
—No son necesarios. Desmontad las tiendas, recogedlo todo y cargadlo en el overcraft. Luego subid al vehículo. Nos vamos de aquí. El jefe nos está esperando.
Hughes avanzó unos pasos hacia él. Burt se mantenía rígido, crispadas las manos sobre el fusil.
—Pero, Burt, somos tus amigos, tus camaradas... ¿Por qué, entonces, nos amenazas con esa arma destructora? ¿Es que acaso...? —calló bruscamente, comprendiendo que sus preguntas estaban de más: era evidente que Valentine se había pasado definitivamente al bando del déspota.
—No responderé a ninguna pregunta —dijo Burt, apretadas férreamente las mandíbulas—. Haced lo que os he ordenado. «Lo que os he ordenado», acababa de decir. El hombre más jovial, cordial y amistoso del grupo se había convertido en un servidor incondicional de Jackson Washington Lamouré, según todos los indicios.
Al ver que los expedicionarios se mostraban indecisos, Burt gritó:
— *¡Güembo, Güembo!*
El *overcraft* se balanceó un poco y un monstruo peludo descendió a tierra con lentitud. Su actitud era amenazadora, terrible. El antropoide gruñía sordamente y mostraba sus largos colmillos con hostilidad.
—*Güembo* también me obedece a mí ahora. Si queréis una demostración, la tendréis —se ufanó Valentine. Y gritó, volviéndose hacia el cuadrumano—: ¡*Güembo*, demuéstrales tu fuerza!
El antropoide avanzó pesadamente, se inclinó sobre un contenedor, lo alzó con increíble facilidad con sus manazas y lo lanzó a quince metros de distancia. El cajón metálico chocó contra el suelo y quedó convertido en un pequeño montón de planchas retorcidas.
Despavoridos, los exploradores huyeron desordenadamente y fueron a cobijarse en sus tiendas.
Earl Hughes había perdido el color cuando gritó a Burt:
— ¡No es preciso que sigas haciéndonos demostraciones de tu superioridad! ¡Sujeta a ese bicho! Haremos lo que tú quieras.
Una sonrisa de complacencia animó las facciones de Valentine. Gritó una orden al coloso peludo y *Güembo* retrocedió.
Poco a poco, los asustados expedicionarios fueron saliendo de sus tiendas y comenzaron a recoger el campamento. Ante la vigilancia

estricta de Valentine y el cuadrumano, cargaron las tiendas plegadas y tos restantes utensilios en el *overcraft*.
Un momento después, Abi Duncan y el médico se acercaron, transportando a Ron Goodwind en una camilla. Subieron todos a bordo. Burt fue el último, seguido de *Güembo*.
—El jefe os reserva algunas sorpresas. Ya veréis —anunció Valentine, enigmático.
El vehículo trepidó, giró sobre sí mismo y se alejó hacia el sur a gran velocidad.
Dentro del overcraft, los expedicionarios se vieron obligados a respirar el hedor nauseabundo que emanaba del antropoide.

CAPITULO VII

Poco a poco, la silueta del volcán Zero se fue agrandando hasta que su cúspide nevada desapareció a la vista de los expedicionarios.
Unos minutos después el vehículo se detenía en medio de un paisaje espectacular. Las selvas habían quedado muy atrás y ahora se encontraban en medio de una gran explanada volcánica, salpicada aquí y allí por altísimos cactus y toda una variedad de exóticas plantas de las que suelen crecer sobre terrenos eruptivos. A la derecha, una maravillosa cascada se despeñaba desde un talud de roca oscura y el agua se descomponía en irisaciones esplendentes al ser traspasada por los rayos solares.
Al otro extremo de la explanada, teniendo como fondo el majestuoso cono del volcán, se elevaba una meseta de granito de unos ciento veinte metros de altitud. Sus muros eran verticales, completamente

lisos.
—¡Abajo, todos abajo! — ordenó Valentine.
Descendieron en pelotón, vigilados de cerca por Burt y el monstruo peludo.
Abajo, vieron una gran construcción prefabricada a base de vigas y paneles de duraluminio forrados de poliuretano. Muy cerca, había un tractor «dumper» y grandes palas de material metálico, herramientas y diversos utensilios de construcción.
—Ahora, en marcha. ¡Seguidme! —indicó Valentine, que llevaba el fusil en su mano izquierda.
El pelotón avanzó en hilera. Hughes y Abi Duncan cargaban con Goodwind en una camilla. Ron sentía sus nervios tensos. Le disgustaba plegarse a aquella farsa: él podía caminar perfectamente por sí mismo.
Pero Hughes y Abi habían insistido:
—Lamouré no debe saber que has logrado recuperarte. Mientras siga creyendo que eres inofensivo, todo irá mejor. Por lo que más quieras, ¡disimula!
Y ahora se dejaba transportar en camilla como si estuviera tullido.
Contornearon el acantilado rocoso. A medida que avanzaban, el fragor que llegaba a sus oídos fue haciéndose más intenso, hasta convertirse en un estrépito ensordecedor.
Valentine se detuvo un instante y los miró:
—Esta es una de las sorpresas que guarda para vosotros el jefe. ¡Abrid bien los ojos! ¡Os aseguro que jamás habéis visto nada parecido!
Reemprendieron la marcha al pie del acantilado, doblaron un farallón espejante y caminaron hacia el oeste. Lo que vieron les obliga a detenerse: allá a unos doscientos metros de distancia, más de un centenar de siluetas peludas se movían al pie del talud. Se trataba de antropoides, tan gigantescos como *Güembo*.
Era algo increíble, Valentine tenía razón. Aquellas criaturas empuñaban cinceles y martillos y estaban... ¡labrando una colosal escalinata!
Una oleada de admiración y miedo sacudió al grupo. Íntimamente, cada uno de los expedicionarios estaba planteándose la misma cuestión: ¿cómo había conseguido el déspota subyugar a aquellas bestias salvajes, que, sin embargo, lo obedecían como dóciles e inofensivos animales?
«Me resulta difícil admitirlo —pensó Abi—. Es posible que Lamouré haya conseguido domesticar a esos espeluznantes cuadrumanos, pero ¿cómo habrá conseguido enseñarles a utilizar las herramientas?»
—Vamos, no temáis —los animó Burt Valentine—. Acerquémonos.

Lamouré estaba allí, en lo alto de la escalinata, hostigando y animando a los cuadrumanos con sus gritos y el restallido de la larga reata que empuñaba. Los *güembos* trabajaban con movimientos tardos y muy pesados, pero trabajaban.
Era impresionante contemplar aquella gran masa peluda en movimiento. Viendo todo aquello, Abi creyó ser víctima de una pesadilla.
Pero no había tal: ante ella se elevaba el primer tramo de la magnífica escalinata, de una anchura de diez metros y peldaños de un metro de profundidad.
Lamouré los había visto, venir, era evidente. Sin embargo, siguió restallando su látigo sin dirigir a los expedicionarios una sola mirada. De cuando en cuando, azotaba la anchísima espalda de un *güembo* que se mostraba perezoso. Y era sobrecogedor comprobar que aquellos titanes musculosos aceptaban el castigo sin la más mínima muestra de rebeldía.
Al fin, Lamouré dio un grito penetrante y la masa de cuadrumanos suspendió el trabajo. Los *güembos* dejaron las herramientas y se aplastaron pesadamente sobre los anchos peldaños.
Lamouré descendió de las alturas y los miró: Fue una mirada lenta, inquisitiva y reflexiva. Los ojos oscuros del déspota se detuvieron particularmente sobre el hombre que ocupaba una camilla.
—Ah, ya habéis llegado —parecía un emperador dirigiéndose a sus miserables súbditos—. Imagino que os sentiréis muy impresionados tras contemplar el trabajo de mis magníficos colaboradores. Os aseguro que esto que estáis viendo no es sino una mínima parte de las maravillas que os reservo.
Descendió ágilmente los últimos peldaños y se dirigió hacia el acantilado. En la lisa pared, alguien había dibujado a gran escala, un plano. Al parecer, era el diseño de lo que sería su fabuloso palacio-fortaleza.
Lamouré fue señalando con un puntero las diversas facetas de la obra.
Según sus explicaciones, cuando el ambicioso proyecto estuviera finalizado, el palacio que se erigiría sobre la meseta podría alojar a varios miles de personas.
— ¿Para qué? —se preguntó Ron Goodwind, estupefacto—. Sólo quedamos treinta y siete expedicionarios y ello en el supuesto de que no se produzcan nuevas bajas.
Pero Lamouré seguía hablando, describiendo con encendidas palabras su proyecto.
—Vaciaremos la base de esta meseta y construiremos espaciosos hangares, factorías y almacenes. Y a cada uno de vosotros asignaré una misión. Los *güembos* son inteligentes, pero necesitan que alguien

los guíe y... los castigue, cuando se muestran excesivamente perezosos. Estoy seguro de que, cuando hayáis comprendido la grandeza de mi proyecto, todos colaboraréis con entusiasmo. Pero os prevengo —dirigió una mirada fría a los que habían sido sus camaradas—, no perdonaré a quien se haga reo de apatía, deslealtad o traición.
Sucedió un silencio. Luego Burt estalló, fogoso:
— ¿No os lo decía? Jackson lo ha previsto todo. Y lo primero que ha pensado es construir para él y para nosotros la residencia más bella y lujosa que podáis imaginar. Juntos, hemos diseñado fábricas de cemento, canteras, un sistema para elevar agua del río, depósitos de víveres... Incluso, con el tiempo, llegaremos a construir nuestros propios vehículos, que nos permitirán explorar y explotar adecuadamente la ancha superficie de Re-Apharax.
Parecía un iluminado. Incluso había adoptado el tono de voz y los gestos de Jackson Washington Lamouré, el cual, silencioso, espiaba las reacciones de los restantes expedicionarios.
—Es tarde —dijo el déspota, de pronto—. Tú, Burt, llevarás los *güembos* a su cubil. Vosotros, plantad vuestras tiendas a orillas del torrente. Más tarde, Burt os llevará alimentos.
Lanzó su látigo a Valentine, que lo agarró en el aire y lo hizo restallar con estrépito. Luego lanzó un grito gutural y los *güembos* se descolgaron de las alturas con movimientos pausados y seguros.
La horda se puso en marcha, sin prisas, y avanzó al borde del tajo en dirección a una gran caverna situada en la base. Las bamboleantes siluetas fueron penetrando en la gruta, hasta desaparecer. Según supieron más tarde, se trataba de una espaciosa caverna natural, que Lamouré y Valentine habían dotado de una resistente puerta metálica. Cada tarde, los infelices esclavos antropoide eran encerrados en aquel recinto hasta el siguiente amanecer.
«Una ingente mano de obra, barata y eficiente», pensó Abi, con amargura.
Burt volvió en seguida y guió al silencioso pelotón de expedicionarios hasta el borde del torrente que se despeñaba, furioso, a través de una garganta angosta. Plantaron las tiendas sobre el piso de lava solidificada y Valentine les dio algunas instrucciones.
—Nadie está autorizado a abandonar el campamento sin autorización previa. No se permitirán reuniones y ninguno de vosotros podrá comunicarse con los demás, sino en voz alta y clara. Por el momento, nuestro jefe ha prohibido las parejas y, por tanto, cualquier relación sexual o sentimental...
Abi se alzó, dominada por la más encendida indignación.
— ¡Burt Valentine! —gritó—, ¡No somos esclavos, sino seres humanos, libres de hacer lo que nos venga en gana! ¡No permitiré que

se me impongan...!
— ¡Cállate, Abi Duncan! —tralló Valentine, con furia desmedida—, Aquí no sois sino lo que el jefe quiera permitiros. Si vuelves a rebelarte, tendré que darte el castigo que mereces.
El restallido estrepitoso del látigo sobresaltó a los expedicionarios. La punta de la reata había estado a punto de alcanzar el rostro de Abi Duncan, la cual iba a seguir protestando, cuando captó la mirada suplicante del doctor Hughes.
Burt fue desgranando la retahíla de condiciones degradantes.
—Los hombres ocuparán las tiendas en grupos de cuatro. Las mujeres harán lo mismo en sus propias tiendas. Antes de caer la noche, tras la cena, hombres y mujeres se recluirán en sus tiendas. Al amanecer...
—No voy a consentir eso —clamó Abi—. Ron Goodwind se encuentra en periodo de convalecencia, después de que... Burt, tienes que ser comprensivo: él me necesita.
—Según he podido comprobar, Goodwind se encuentra muy recuperado. De todas formas, si necesita alguna asistencia, Earl Hughes se ocupará de él. No voy a escuchar ninguna reclamación. Aquellos que se muestren rebeldes, serán encerrados en la caverna de los *güembos*.
Abi se estremeció. Dentro de una de las tiendas, Ron Goodwind lo estaba oyendo todo y pugnaba por contener el impulso de alzarse del lecho y lanzarse sobre Valentine. Por fortuna logró controlarse.
Volvió a oír la voz del lacayo de Lamouré.
—Lemain y Blackman vendrán conmigo y recogerán las raciones. Podéis aprovisionaros de agua en el torrente. Consumid vuestras raciones rápidamente y encerraos en vuestras tiendas.
Lamouré observaba la escena desde la entrada de la alargada construcción prefabricada. Caía la noche rápidamente y un chorro de luz clara brotaba del interior de aquella construcción, que servía de almacén y vivienda.
Gene Blackman y Brady Lemain siguieron de buen grado a Valentine. Tardaron mucho en volver. Dentro de la caseta metálica se oyeron voces y risas... Los expedicionarios aguardaban, perplejos.
Al fin, media hora después, volvieron sus dos camaradas arrastrando un pequeño contenedor. De cuando en cuando estallaban en carcajadas y se detenían. Evidentemente, Burt Valentine les había dado de beber, pues parecían algo achispados.
Bruscamente Lemain y Blackman comenzaron a lanzar las raciones a sus compañeros.
Aprovechando la ausencia de Burt, Abi se introdujo en la tienda que ocupaba Goodwind y se dejó caer de rodillas profundamente desanimada.

— ¿Has oído, Ron?
—Sí, lo he oído todo.
—No podré estar contigo, no tendré el consuelo de dormir a tu lado. Las condiciones que Lamouré y su lacayo tratan de imponernos son humillantes e injustas. ¡No lo permitiré! ¡Antes me enfrentaré...!
Ron la atrajo por los hombros y acalló sus protestas con un beso apasionado.
— ¡Calla! Tenemos que resistir. Por el momento, simularemos acatar sus órdenes hasta hallar el medio que nos permita vencer a Lamouré.
— ¡Pero...!
—Es preciso, Abi. Por encima de todo, debemos sobrevivir. Y ahora, vuelve afuera, amor mío. Mañana yo abandonaré este lecho para poder estar cerca de vosotros.
Abi se aferraba a Goodwind como si en ello le fuera la vida.
—Vete, por favor —insistió él—. Desafiar a esos tipos nos traería dolorosas consecuencias. Y aún no ha llegado el momento de pasar a la acción.
Ella se marchó al fin, las hermosas facciones transidas por la amargura.
Poco después, se abrió la entrada de la tienda y Gene Blackman le arrojó su ración sobre el pecho, brutalmente.
Ron no durmió aquella noche. Tampoco Abi Duncan, que se debatía sobre el lecho sumida en sombríos pensamientos.

CAPITULO VIII

Una intensa actividad reinaba en los distintos tajos de la meseta granítica.
La gran escalera de acceso había sido realizada en unas pocas semanas, con sus diversos tramos zigzagueantes que llegaban hasta la cima. En verdad, su contemplación suscitaba inmediatamente la idea de grandiosidad y magnificencia De las selvas situadas al sur del volcán Zero, llegaban grupos de *güembos* que —dirigidos por Jean Ducard— arrastraban gruesos troncos de árboles, con los que Lamouré pensaba construir un sólido montacargas.
En la base del acantilado. Ron Goodwind dirigía los trabajos de excavación de lo que habrían de ser hangares y almacenes. El, personalmente, colocaba las poderosas cargas de gelinita, cuyas explosiones arrancaban al acantilado porciones de roca de varias toneladas de peso.
A escasa distancia de la cascada, Fred Kramer y Andy Carrera dirigían la construcción del horno en el que se fabricarían grandes cantidades de cemento. Otro grupo de *güembos*, controlados por Hassan Jafet, labraban bloques de granito en una cantera próxima. En el centro del campamento, se habían construido unos rudimentarios fogones, alrededor de los cuales se afanaban cinco mujeres en la confección del rancho. En algún sitio oculto, Lamouré guardaba gran cantidad de raciones de víveres — la astronave guardaba en su seno provisiones para más de un año—, a pesar de lo cual había decidido alternar la dieta alimenticia de los trabajadores con guisos de carne y potajes. Por lo general, era Burt Valentine quien supervisaba el trabajo de las cocineras.
Gene Blackman, Brady Lemain y Joao Santana habían recibido fusiles-láser y vigilaban constantemente desde lugares estratégicos.
Al parecer, Lamouré confiaba en ellos lo suficiente para ausentarse del campamento. A mitad de la mañana, el déspota hacía comparecer a Pete Hawkins, Sven Ture y Jamura Akihido, a los que ordenaba subir al overcraft. En seguida, el vehículo se alejaba hacia el sur, para volver algunas horas después, cargado hasta los topes de frutos tropicales, que eran amontonados en el cubil de los *güembos*. A los cuadrumanos se los alimentaba, también, con unas gachas que

Valentine preparaba personalmente y que se transportaban a la caverna en grandes bidones.
Lamouré había conseguido organizar el trabajo a la perfección y la gigantesca obra progresaba a ritmo espectacular.
En poco tiempo, el montacargas estuvo terminado. Sustentado al extremo de un grueso cable de acero y basado en un complicado juego de poleas, polipastos y engranajes, diez *güembos* bastaban para elevar cargas de varias toneladas de peso hasta la cima de la meseta, donde se iban apilando miles de bloques de granito y docenas de contenedores llenos de cemento sin refinar.
Lamouré no tenía problemas en relación a los expedicionarios. Habiendo ganado para su causa a Burt Valentine, Brady Lemain, Gene Blackman y Joao Santana, el déspota sabía bien protegidas sus espaldas, de modo que incluso se permitía conversar con Ron Goodwind, a quien discutía determinados aspectos de la obra.
El primer día de trabajo en el nuevo campamento, Lamouré se había acercado a Goodwind para pedirle su parecer sobre el emplazamiento de su palacio-fortaleza, al que incluso había buscado un nombre pomposo y altisonante: Lamouré Bastión.
Ron dio su opinión con voz serena:
—Yo no pondría mis afanes en construir en este lugar ese «Bastión de Lamouré» —dijo.
—Dame una razón.
—La meseta se encuentra a unos pocos kilómetros del volcán Zero.
— ¿Temes que una erupción destruya mi reducto? ¡Ese volcán está completamente extinguido! Debe hacer miles, tal vez millones de años que el volcán Zero arrojó su último aliento —se burló Lamouré.
Goodwind respondió sin mirarle:
—Los volcanes jamás están completamente extinguidos. Ese que se yergue casi cuatro mil metros sobre la superficie de Re-Apharax, puede permanecer inactivo durante varios miles de años, para despertar súbitamente. Y entonces...
El tirano prorrumpió en una estentórea carcajada.
—No debes preocuparte por eso... ¡Ninguno de nosotros vivirá miles de años...! Por otra parte, escogí este lugar por su proximidad a la Llanura de Oro. Cuando el Bastión de Lamouré esté terminado, recubriremos sus muros con grandes planchas de oro... ¿Te imaginas? El Bastión resplandecerá como el mismo sol...
Goodwind no hizo ningún comentario. En su opinión, Jackson Washington Lamouré estaba rematadamente loco.
Los muros del Bastión comenzaron a erguirse en el centro mismo de la meseta. Día a día, las brigadas de *Güembos* trabajaban sin cesar elevando materiales, mezclando torpemente arena con cemento y elevando sólidos muros de piedra de cantería.

En cuanto a los expedicionarios, comenzaban a comportarse como autómatas. Al amanecer, Burt Valentine golpeaba un bidón con una barra de hierro y el estridente tañido metálico era suficiente para galvanizar a los hombres y mujeres que dormían en las tiendas.
Bajo la actitud vigilante de sus cuatros compañeros armados, los expedicionarios tomaban su desayuno apresuradamente sin intercambiar un solo comentario. Entretanto, Burt Valentine arreaba el tropel de *güembos* hacia los diversos tajos y secciones de la obra.
En seguida comenzaban los trabajos, que sólo se interrumpan hacia el mediodía para consumir el rancho, bajo unas enramadas construidas al pie de los fogones. Y vuelta de nuevo a la agotadora actividad hasta que el sol declinaba sobre el horizonte.
Una tarde, Abi Duncan consiguió acercarse hasta Ron Goodwind. Y se atrevió a susurrar a su oído:
— ¿Qué nos está ocurriendo a todos, Ron? Earl Hughes parece subyugado por el Bastión de Lamouré, nuestros camaradas desertan para unirse a ese criminal, nosotros trabajamos como muías, tú pareces rehuirme constantemente. ¡Dios mío, creo que nos estamos convirtiendo en robots carentes de voluntad propia!
Ron la miró fugazmente, tomó su plato de comida y se alejó sin hacer ningún comentario.
Esa misma noche, en el momento en que los expedicionarios se retiraban a descansar, apareció Lamouré, quien normalmente permanecía lejos de la vista de los demás.
Lamouré posó sus inquietantes ojos negros en la pelirroja Kathy Fortrow.
—Kathy —llamó el déspota.
La bella mujer de los cabellos cobrizos se estremeció perceptiblemente, pero en seguida se separó de sus compañeras y caminó hacia Lamouré, sumisa.
El tirano acarició sus preciosos cabellos. Sus ojos relucían de pura lascivia. Luego tomó a Kathy por la cintura y ambos desaparecieron en el interior de la caseta prefabricada.
— ¡Largo! —silbó Burt Valentine al paralizado grupo—. ¡Cada uno a su tienda!
Goodwind se dejó caer pesadamente en su colchoneta. A cierta distancia de allí, Abi Duncan permanecía inmóvil sobre su camastro, con los ojos muy abiertos y estáticos.
— ¡Dios mío! —murmuró, aterrada.
Poco después, un estridente alarido femenino resonaba en las tinieblas del campamento y rebotaba dramáticamente contra los acantilados del Bastión de Lamouré.
Sin embargo, no hubo ninguna reacción entre los expedicionarios, a pesar de que todos oyeron claramente aquel grito de angustia

* * *

Al recoger su plato. Abi rozó con su codo a Earl Hughes.

—Tengo que hablar contigo, Earl. Es urgente. Me fingiré enferma para que puedas venir a mi tienda —murmuró a su oído sin mover los labios.

Hughes pestañeó, pero en seguida se alejó a un extremo de la larga mesa con su plato en la mano.

Un momento después, Abi Duncan se alzaba de la mesa y se ponía a vomitar. Nadie acudió a ayudarla. Abi gimió entrecortadamente y se dejó caer al suelo, retorciéndose de angustia.

— ¡Mi vientre, mi vientre! —gritaba.

Acudieron Lemain y Blackman, siempre con sus armas en la mano.

— ¿Qué te ocurre?

—La comida... ha debido sentarme mal. ¡Dios mío, mis entrañas parecen abrasadas!

Tras un instante de vacilación, Blackman ordenó a dos hombres que llevaran a Abi a su tienda.

Poco después, Earl Hughes se inclinaba sobre ella.

—Al fin lo he descubierto, Earl. Es la comida.

— ¿La causa de tu malestar intestinal? —preguntó el médico, indiferente.

— ¡No, maldita sea! —se impacientó la joven—. Es algo que echan en la comida. ¡Nos están drogando, Earl! Añaden al rancho alguna droga que inhibe nuestra voluntad. Creo... creo que es el mismo tratamiento que dan a los güembos.

—No entiendo qué quieres decir —replicó el médico.

Abi se incorporó, lo tomó por los hombros y lo zarandeó con fuerza.

— ¡Earl, Earl, tienes que reaccionar, tenemos que reaccionar! Las drogas nos mantienen en una actitud pasiva, suicida. Ahora comprendo por qué Burt Valentine ronda siempre alrededor de los fogones... ¡Él debe ser el encargado de arrojar alguna pócima al rancho!

Hughes reflexionaba. Le costaba un gran esfuerzo hacerlo. Era el traidor efecto de la droga inhibidora, pero aquella noción tardaba demasiado en penetrar en su mente.

—Entonces, tú crees qué...

— ¿Cómo puedo hacértelo comprender? Mira, Earl, Lamouré y sus lacayos nos están convirtiendo en un rebaño de autómatas.

Ninguno de nosotros experimenta amor, odio, simpatía o antipatía. Todo es desinterés, apatía y pasividad. Te confieso que ni yo misma he podido detectar el cambio de mi conducta hasta que... hablé con

Ron y él se marchó sin apenas mirarme
Poco a poco, la comprensión iba penetrando en la mente embotada del médico.
—Creo que... que tienes razón. Supongo que... Lamouré no quiere conflictos con nosotros y se vale de alguna droga para...
— ¡Siiií! —murmuró Abi, al borde de la paciencia.
— ¿Qué podemos hacer?
—La comida que se prepara en los fogones está sometida a manipulación. Pero no pueden manipular las raciones de víveres, que vienen enlatadas. La solución es no comer el rancho. Debemos alimentarnos exclusivamente de las raciones —propuso Abi.
—Pero Lamouré y sus servidores lo descubrirán. Y entonces...
—Hemos de hacerlo disimuladamente. Tú trata de hablar con Ron, con los demás. Cada cual puede alejarse con su plato en la mano y simular que come. Después.... basta con hacer desaparecer el contenido del plato.
—Todos prefieren los guisos de carne y los potajes a la insípida ración enlatada. Por lo demás, no creo que pasara mucho tiempo antes de que Lamouré descubriera...
Hughes tenía razón. Parecía una empresa muy dificultosa.
—Al menos Ron, tú y yo debemos mantenernos despiertos y al margen de las diabólicas manipulaciones de Lamouré. Te lo ruego, Earl: habla con Ron y convéncele —susurró Abi.
—Lo... lo intentaré —respondió Hughes, con torpeza inusual. Indudablemente, se hallaba bajo el influjo de la droga.
—Yo me quedaré aquí por unas horas. Caso contrario, esos tipos desconfiarían de nosotros. Si te preguntan, diles que padezco una infección intestinal de poca importancia. Ahora ve. Procura entrevistarte disimuladamente con Ron.
—Siiii —murmuró Hughes—. Le... le hablaré.
Esa noche, Abi advirtió una expresión nueva en el rostro de Goodwind. Había comprendido.
A partir de allí, Hughes, Goodwind y Abi Duncan se alimentaban exclusivamente de las raciones enlatadas, aunque simulaban comer la comida preparada en los fogones.
Transcurrieron varios días antes de que el cambio fuera sustancial, pero al fin volvieron a ser ellos mismos, dueños absolutos de su voluntad.
Esa noche, Lamouré eligió a Claire Parrish. Cuando la esbelta muchacha morena desapareció en la caseta, Goodwind hizo chirriar los dientes.
Sabía lo que le esperaba a Claire: Lamouré satisfacerla en ella su lujuria. Su indignación era tan intensa que, fogosamente, comenzó a caminar hacia la caseta, dispuesto a enfrentarse a vida o muerte con

el tirano.
Burt Valentine se interpuso y lo derribó de un culatazo. Abi iba a correr en su auxilio, pero Earl la retuvo férreamente por un brazo.
—No seas loca. Sólo conseguirías que te dieran un culatazo o..., te dispararan un rayo destructor potencia Diez —susurró Hughes a su oído.
Valentine ordenó a dos hombres que llevasen al desvanecido Goodwind a su tienda. Sobre la roca volcánica quedó un rastro de gotas de sangre.
Hughes sujetaba todavía a Abi, cuando ésta murmuró mordiendo las palabras:
—Si vamos a vivir así por el resto de nuestros días, más vale morir.
Earl la empujó suavemente hacia su tienda y sólo se volvió cuando estuvo seguro de que Abi no intentaría ninguna locura.
También aquella noche se oyeron gritos que provenían de la caseta de Lamouré.
En su tienda, rodeada de otras tres indiferentes mujeres, Abi se mordió los labios hasta hacerse sangre.
Un pensamiento inquietante la turbaba.
«¿Cuál será la reacción de Ron si ese asesino me elige a mí cualquier noche...?», se preguntó, desesperada.

CAPITULO IX

Uno de los *güembos* que trabajaban en la profunda oquedad excavada en la base del Bastión, retrocedió en la penumbra lanzando bramidos de dolor.
Sal Jones se apartó de un salto al descubrir a la serpiente de color oscuro que reptaba por entre las rocas desgajadas. Era una serpiente «*azabache*», un ofidio de apenas treinta centímetros de longitud, pero tan venenosa que podía causar la muerte a un gran cuadrúpedo.
El cíclope peludo que seguía bramando, lastimero, debía haber sido mordido por la pequeña y brillante «*azabache*», que se perdió rápidamente entre las rocas.
Sal Jones abandonó la caverna artificial, despavorido. El grupo de

güembos se lo quedó mirando, pasivamente expectantes, mientras el antropoide mordido por la serpiente se debatía en el suelo violentamente.
La agonía del *güembo* fue espectacular: sus bramidos atronaban el ambiente, mientras su zarpa peluda rascaba salvajemente la pierna herida. Al cabo, sus gruñidos fueron cediendo, se agitó en un temblor espasmódico y quedó completamente inmóvil. Estaba muerto, fulminantemente.
Gene Blackman llegó en seguida. Empujó hacia la oquedad al aterrado Sal Jones y dirigió una mirada al cadáver del *güembo*. Apresuradamente retrocedió y corrió a informar a Lamouré, que permanecía en su refugio prefabricado.
Poco después, el cadáver del antropoide era remolcado por el tractor hasta el borde del rio de lava.
No era el primer accidente que ocurría en el Bastión de Lamouré. Las hendiduras graníticas estaban infestadas de aquellas pequeñas serpientes «*azabache*», cuyo veneno era mortal, si no se inyectaba rápidamente un contraveneno a la persona o animal afectado. También pululaban entre las rocas alacranes tan grandes como langostas, cuya picadura podía dejar paralizado a un hombre por varios meses.
Las alimañas habían producido varias bajas entre los antropoides, cuyos cadáveres eran arrastrados hasta el río de lava y abandonados. Las carroñas atraían bandadas de carroñeras que, a veces, llegaban a rondar el campamento. Pero a Lamouré las «*azabaches*» y alacranes gigantes no lo inquietaban. Por fortuna, ninguno de aquellos bichos había mordido hasta entonces, a ninguna persona.
Pero Sal Jones se mantenía alejado de la oquedad. Su terror era tan intenso que temblaba como un azogado.
— ¡Jones! —gritó Lamouré.
Y el aludido se agitó de un brinco medroso.
—Jones, vuelve al trabajo. Los *güembos* te están esperando —ordenó el gigantesco ingeniero negro.
— ¡No..., no me obligues a volver ahí dentro! —suplicó Sal—, He presenciado la... la agonía de ese cuadrumano. ¡Fue terrible!
—No tienes nada que temer, son ellos los que retiran las rocas. Sólo tienes que hacerte obedecer. Toma el látigo y vuelve al tajo — insistió Lamouré.
Pero Jones no se movió. Sólo temblaba, de pies a cabeza.
Burt Valentine alzó su fusil y encañonó a Jones.
— ¡No! —lo detuvo Lamouré—. Es preciso ahorrar las cargas de los fusiles-láser. Hay... otros métodos.
Caminó unos pasos hacia la gruta, saltó ágilmente sobre un pedrusco, miró fijamente al grupo de antropoides que aguardaban inmóviles y

gritó:
— ¡*Güembo, Güembo*!
Uno de los peludos monstruos se movió. Pausadamente caminó hacia Jones, a quien el horror mantenía paralizado.
— ¡*Güembo*! —insistió Lamouré, crispados los músculos faciales.
Un bramido sordo y vibrante brotó del pecho del cuadrumano. Sus grandes colmillos destellaron a la luz del sol cuando sus zarpas aferraron a Jones como a un muñeco, lo alzaron por encima de la cabezota hirsuta y lanzaron al hombre contra el acantilado.
Jones voló por el aire, chocó contra el talud y cayó pesadamente a tierra. El *güembo* se abalanzó sobre aquel cuerpo roto y lo destrozó entre sus manos, hasta desgajar brazos y piernas. Después arrojó los pobres restos lejos de sí.
Lamouré se volvió. Varios expedicionarios habían presenciado la brutal escena. Sin embargo, ninguno reaccionó ante aquel odioso gesto de barbarie.
—*Güembo* —dijo Lamouré.
El gigante peludo volvió, sumiso, junto a sus congéneres. Lamouré ordenó a Blackman y Lemain que recogieran los restos de Jones en un saco y los arrojaran al río de lava.
A cierta distancia de allí, Abi Duncan lavaba unas verduras en los fogones cuando el antropoide agarró a Jones y le estampó el cráneo contra las rocas. Al ver aquello, su rostro se congestionó y sus ojos se salieron de sus órbitas.
— ¡Maldito, maldito seas mil veces! —chilló.
Cogió un cuchillo y corrió enloquecida hacia Lamouré, decidida a matarlo..., con un poco de suerte.
Earl Hughes salió de una tienda, miró a Abi y comprendió. Un momento después se abalanzaba sobre ella, le ponía la zancadilla y la derribaba sobre el duro suelo.
Abi se revolvió fieramente. Pero Hughes la golpeó con dureza en la barbilla y la joven se desplomó, inerte.
Earl jadeó, desalentado.
— ¿Qué va a ser de nosotros? —se preguntó—, Lamouré ha encerrado a Goodwind en el cubil de los *güembos* y Abi parece haberse vuelto loca...
Cansinamente, Hughes tomó a la mujer desvanecida en brazos y la llevó a una tienda, donde la depositó cuidadosamente.
A doscientos metros de allí, Lamouré aguardaba la llegada de Pete Hawkins, a quien había citado con urgencia.
Pete llegó al fin acompañado de Brady Lemain. Parecía inquieto cuando elevó humildemente su mirada hacia el tirano.
—Pete, Goodwind está arrestado y Sal Jones ha muerto. Necesito a alguien que controle a esta cuadrilla de *güembos* y coloque las cargas

de explosivos. Las obras van retrasadas en este sector por culpa de Goodwind. He decidido que te hagas cargo de este trabajo —dictaminó
Lamouré.
Hawkins retrocedió un paso, asustado.
—No sé nada de explosivos, no tengo la menor idea de cómo... Además, lo confieso, tengo un temor supersticioso a las materias deflagrantes. Mi padre y varios de mis hermanos murieron en Blandikon cuando les estalló la materia explosiva que manipulaban. Desde entonces...
Lamouré sonrió con crueldad.
—Ya veo que estás acomplejado y temeroso, pero en fin, tendrás que cumplir con esta tarea. Si te niegas, irás a hacerle compañía a Goodwind al cubil de los *güembos*. No quiero forzar tu decisión. ¡Elige libremente! —exclamó Lamouré con sangrienta ironía
Pete Hawkins se echó a temblar. ¡Encerrado en la caverna en compañía de casi un centenar de monstruos peludos, pasar una noche tras otra en medio de las tinieblas en tan espantosa cercanía...!
—Haré... haré lo que pueda —prometió.
—Harás todo lo que yo te ordene. Gene y Brady te traerán una caja de explosivos. Comienza enseguida —recomendó el déspota. Y se alejó.
Esa tarde, una gran explosión conmovió al campamento. Parte del acantilado se desgajó y ciclópeos fragmentos de roca fueron proyectados a medio kilómetro de distancia. Fue milagroso que el campamento no quedase arrasado. De todas formas, la explanada quedó cubierta por los escombros.
Cuando Lamouré y Burt Valentine llegaron a la caverna, Lemain y Blackman contemplaban, absortos, los cadáveres de doce *güembos*, parcialmente sepultados por las rocas. Pete Hawkins había desaparecido. Tendría que transcurrir toda una jornada antes de que hallasen su cuerpo destrozado entre las rocas.
—Ese estúpido no graduó adecuadamente la cantidad de gelinita —fue el comentario de Jackson Washington Lamouré.
Poco después comenzaban los trabajos de desescombro. Los cadáveres de doce antropoides fueron retirados y arrojados al barranco de lava petrificada. Y al día siguiente fueron reanudados los trabajos como si no hubiera ocurrido nada.
El pequeño y ágil Jamura Akihido fue encargado de manejar los explosivos. Con su cautela habitual, Jamura tomó todas las precauciones para no ser víctima de un accidente semejante al que había acabado con la vida del joven Pete Hawkins.
Aunque más de un día se preguntó si Pete no habría provocado a propósito el accidente…

CAPITULO X

Una mañana, Abi Duncan salió al encuentro de Lamouré y se arrojó a sus pies.
— ¡Por amor de Dios..., por simple humanidad, si no posees fe religiosa! Te suplico que liberes a Ron Goodwind —rogó con voz tremante—. Te juro que yo le convenceré para que continúe con su trabajo en la caverna.
Lamouré la observó durante unos instantes, complacido. Porque sí, lo llenaba de satisfacción que la orgullosa y distante Abi Duncan viniera a arrojarse a sus pies y a implorar.
—No —respondió con frialdad—, Goodwind es un tipo peligroso.
¡Peligroso!
El *si* era peligroso. Más peligroso que una serpiente «*azabache*».
Abi insistió e insistió, sin importarle arrojar sobre el polvo su dignidad.
Pero Lamouré no la oía ya: a grandes zancadas se dirigía hacia la escalinata del Bastión, donde los muros y torres del palacio-fortaleza se elevaban cada vez más sobre el vacío.
Abi se alzó, finalmente, del polvo. Se sentía frustrada: se había humillado para nada.
Earl Hughes pasó rozándola y le siseó:
—Ten confianza. Ron está vivo. Me lo ha dicho Valentine, en son de burla
Y esta noticia llevó el consuelo a su ánimo.
Tuvo que darse prisa para volver a su trabajo de los fogones. Joao Santana se acercaba, receloso.
Mientras troceaba con un hacha una pierna de antílope, reflexionó tristemente.
Llevaban más de dos meses en el campamento cercano al Bastión. Los trabajos proseguían por encima de todo. Se habían construido tres pisos y se elevaba ya una gran torre cilíndrica sobre el conjunto pétreo. Probablemente Lamouré se saldría con la suya.
Y la vida continuaba, monótona, sin esperanzas.
Cada dos o tres noches, Lamouré elegía una mujer a la que

arrastraba a su lecho. Había pasado ya por sus manos casi todas: Cathy Fortrow, Wanda Nginma, Claire Parrish, Iris Flemming, Bea Costa, Ellen Baxter, Mounie Bazkirian...

A la mañana siguiente, la mujer que había pasado la noche con el déspota mostraba en su rostro y su cuerpo las huellas de la brutalidad de Lamouré: hematomas, arañazos, mordiscos...

Por ahora, se dina que la antipatía que aquel criminal sentía por ella había salvado a Abi de ser «invitada» a compartir el lecho con Lamouré. Pero Abi no confiaba en que un día u otro...

Había participado sus temores a Earl, el cual se limitó a palidecer, sin hacer ningún comentario al respecto. Pero Abi había sorprendido al médico afilando clandestinamente un largo cuchillo, que escondía después en la caña de su bota.

La jornada transcurrió lenta y tediosa. De cuando en cuando resonaban las explosiones de gelinita en la base del talud. Por la tarde, podía vislumbrarse a contraluz las siluetas de los *güembos* caminando lentamente al borde de los muros del Bastión.

Por fin el sol se ocultó y Burt Valentine hizo sonar su señal. Los antropoides descendieron pesadamente por la escalinata, hostigados por los latigazos de Fred Kramer, Andy Carrera y Sven Ture.

Abi se estremeció al imaginar lo que sentiría Ron cuando los *güembos* penetrasen en tropel en su cubil y viese cerrarse la puerta de acero de aquella covacha inmunda.

Pero los hombres llegaban ya a la enramada y se dejaban caer, fatigados, sobre los taburetes que rodeaban la alargada mesa. Había que servir la cena, un estofado de carne de antílope con trozos de unos dulces tubérculos semejantes a los boniatos.

Cuando terminó de servir, Abi puso un poco de caldo en su plato, que fingió sorber a cucharadas.

Lamouré, Valentine, Blackman, Lemain y Santana jamás probaban el rancho. Esa era una prueba más de que el tirano hacía drogar a los que consideraba sus servidores o súbditos, pero no a su guardia de corps.

Terminada la cena, sus compañeros fueron alzándose de la mesa y desfilando hacia las tiendas.

Abi y otras tres mujeres recogían los platos para fregarlos, cuando se oyó aquella voz a sus espaldas:

— ¡Abigail!

Era Lamouré quien la solicitaba. No llevaba armas visibles, pero su orden no dejaba lugar a dudas.

Earl Hughes había palidecido. E interponiéndose entre el hombre y la mujer, dijo:

—No puedes hacer eso, Jackson. Hay un límite para todo. Abi no quiere ir contigo. Elige otra mujer. Algunas de ellas no demuestran

repugnancia hacia ti.
No bien había terminado de pronunciar estas palabras, cuando un culatazo en las espaldas lo derribó de bruces en el polvo.
—Abigail —insistió el tirano.
De pronto, Hughes se incorporó de un salto, exhaló un alarido estridente y se lanzó sobre Lamouré, cuchillo en mano. Su acción fue tan inesperada y vertiginosa que pilló desprevenidos a los vigilantes.
Jackson advirtió el destello del cuchillo y cuando Earl se abatía sobre él, hizo un rápido quiebro y eludió la cuchillada que el médico le dirigía al cuello.
— ¡Disparad, disparad, estúpidos! —chilló, aterrado.
Burt Valentine tenía graduado el fusil para realizar un disparo potencia Diez, destructor. Cuando Earl Hughes se incorporó y rectificó su embestida, Burt dudó un momento, pero finalmente se echó el fusil a la cara y apretó el disparador.
Surgió un fino chorro cegador y la silueta de Earl Hughes resplandeció por un segundo. Luego, su cuerpo carbonizado cayó lentamente, golpeó contra el suelo y se deshizo en fragmentos semejantes al carbón vegetal. De sus restos brotaron finas columnas de humo acre.
Burt Valentine murmuró algo entre dientes y retrocedió unos pasos mientras contemplaba, absorto y pasmado, el fusil-láser que tenía en las manos.
Se oyeron unos sollozos. Abi se estremecía, ahogada por la pena y la frustración.
Pero la voz de Lamouré repitió:
—Abigail, te estoy esperando.
Ella apartó las manos de sus húmedas facciones. Suponía que el asesino la tomaría por la fuerza, que si se resistía ordenaría a alguno de sus lacayos que disparasen contra ella y la convirtieran en... en fragmentos de carbón.
Súbitamente tomó una decisión.
Sonrió y caminó hacia Lamouré. Incluso se dejó tomar por la cintura por aquel hombre al que detestaba con toda su alma.
«Tal vez se descuide, aunque sea un instante —pensó Abi Duncan, cuando Jackson la arrastraba hacia el bungalow de duraluminio—. Si tengo suerte, le hundiré los ojos en las cuencas, lo dejaré ciego. Y después...»

Ron Goodwind se introdujo en la angosta hendidura, cuando el portón de acero chirrió y los corpulentos *güembos* penetraron en avalancha.
Llevaba cuatro días encerrado en aquel lugar nauseabundo y mal ventilado. Al principio. Ron pasó terribles momentos de miedo y angustia. Imaginaba que los antropoides sentirían curiosidad por él o

quizá se mostrarían hostiles.
Se equivocaba. Los animales penetraban en tropel en su cubil y se arrojaban sobre los bidones llenos de espesas gachas, alimento por el que demostraban una predilección especial. Después devoraban ingentes cantidades de frutas amontonadas alrededor de los irregulares muros y oquedades de la cueva, tras lo cual se tendían en el suelo en posición fetal y dormían pesadamente hasta el amanecer, en que volvía a abrirse la puerta.
Los *güembos* no eran peligrosos para él, pero Goodwind prefería ocultarse en aquella estrecha cortadura de la roca.
Por otra parte, el ambiente era fétido y malsano. Los antropoides defecaban en cualquier parte, aunque solían hacerlo al fondo de la gran caverna, donde se formaba un enorme montón de excrementos, que fermentaban y atraían gran cantidad de molestos insectos, que penetraban por la reja de gruesos barrotes situada sobre el portón.
Aquél era el único lugar por donde penetraba aire fresco del exterior. Pero era insuficiente.
Durante el día, Ron tenía mucho tiempo para reflexionar. Había tanteado la puerta y se había encaramado hasta la reja, buscando un medio de evasión. Pero la puerta era sólida y los barrotes tan gruesos como su brazo. Imposible huir por allí.
También había explorado minuciosamente la caverna, pero al final comprendió que no conseguiría fugarse.
Como cada noche, Ron escuchó el estrépito de los *güembos* deglutiendo los bidones de gachas y masticando los montones de frutas que el overcraft había acarreado desde la selva. Por fortuna, aunque nadie se preocupaba de alimentarlo, Goodwind disponía de fruta en abundancia.
Sin embargo, era consciente de lo crítico de su situación. Sabía que sólo podía esperar ayuda de Abi o Earl. Sus restantes compañeros permanecían idiotizados bajo los efectos de la droga que ingerían periódicamente en las comidas.
Los *güembos* habían terminado de moverse y rebullirse hacía largo rato. Ahora se oían sus resoplidos profundos o el rumor de una zarpa que rascaba inconscientemente allí donde un parásito había clavado su lanceta.
Ron no podía dormirse. Tenía que escapar. Si no había otra solución, se arrojaría a la espalda de un *güembo* a la mañana siguiente. Quizá lograse pasar desapercibido a los ojos de los vigilantes entre las masas de antropoides.
Estaba pensando en esto, cuando escuchó un rumor al otro lado del portón de acero. Y en seguida una voz susurrante:
— ¡Eh, Ron!
Salió de la hendidura y corrió hacia la entrada. Aplicó su oído junto al

marco y susurró:
—Soy yo, Ron. ¿Quién está ahí?
Se oyó un rumor metálico. Y luego el portón comenzó a abrirse lentamente. A la luz azulada de la luna Omega, Ron descubrió a Brady Lemain.
—Sal de ahí, ¡en seguida! Si esos bichos se despertasen...
Desconfiado, pasó al exterior y respiró con fruición el frío aire nocturno.
—Pero...
Brady lo encañonaba con su fusil-láser.
— ¡Desnúdate! — ordenó Lemain.
—No lo haré. Si lo que piensas es asesinarme, ¿por qué desnudarme?
—No seas estúpido, no voy a matarte, sino a darte libertad. Ahí, en el suelo, tienes otras ropas y un machete.
Ron se relajó.
—No puedo olvidar que hace unos meses me salvaste la vida, Ron. Tú y yo habíamos salido a explorar las selvas de Ahre. Yo caí en una ciénaga. Estaba a punto de perecer, pero tú me sacaste de allí, exponiendo tu propia vida. No puedo olvidarlo —explicó rápidamente Brady Lemain—. Tus ropas están sucias y manchadas de sangre. Las arrojaré al cubil. Lamouré creerá que los *güembos* te han devorado. Burt me ha contado que esos bichos son capaces de devorar cualquier cosa si están hambrientos....
¡Vamos, desnúdate!
Dos minutos después, Ron se había vestido las nuevas ropas. Brady entreabrió el portón y, después de deshacer las vestiduras de Goodwind en jirones, las arrojó al cubil
—Es un hermoso rasgo, Brady..., a pesar de las circunstancias.
—Sí, pero tienes que marcharte. Aléjate. En una bolsa, tienes unas cuantas raciones de víveres. Si Lamouré lograra capturarte, te obligaría a decir la verdad y me ejecutaría. Tienes que marcharte.
—Me iré. Pero ¿por qué no vienes conmigo? —susurró Goodwind.
La respuesta tardó en llegar.
—Porque soy un cobarde. Porque no tengo valor para enfrentarme a Lamouré, ni tampoco para acompañarte. Y ahora, vete. Tengo que regresar a mi puesto de vigilancia.
Ron le oprimió levemente un brazo.
—Gracias, no olvidaré tu gesto —dijo. Y se alejó.

CAPITULO XI

Burt Valentine acudió a presencia de Lamouré al amanecer.
—Goodwind no está en el cubil de los *güembos* —declaró, inquieto—. Sólo hemos encontrado sus ropas, destrozadas y ensangrentadas. Creo que las bestias lo devoraron... Aunque no logro explicármelo. Tenían suficiente comida.
Jackson lo miró fijamente.
— ¿Devorado? —pronunció como si hablase consigo mismo—. No lo creo. Ha debido escaparse, aprovechando vuestra negligencia, cretinos. Coméis y bebéis demasiado y miráis a las mujeres con lujuria... Ya me ocuparé de corregiros después. Ahora iré a echar una ojeada al cubil. Goodwind es inteligente. Es capaz de esconderse entre los excrementos de los güembos con tal de burlaros.
Pero Lamouré regresó poco después, decepcionado. No había hallado rastro de Goodwind.
—Si está vivo, yo lo encontraré. Que comiencen los trabajos y vigilad a todos estrechamente mientras yo esté lejos —ordenó.
Cogió un fusil y subió al overcraft. Burt siguió al vehículo con la vista hasta que desapareció en la lejanía.
Valentine hizo tañer el bidón de señales y los trabajos dieron comienzo. Al pie del acantilado, Blackman, Lemain y Santana se reunieron con él.
— ¿Qué le pasa a Jackson? ¡Parecía poseído por el diablo...! —comentó Blackman.
—Cree que Goodwind se escapó —respondió Valentine—.
¡Escaparse del cubil...! Me parece una necedad. Ya empiezo a estar harto de sus...
Calló bruscamente. No acababa de fiarse de sus compinches.
Pero Blackman fue más franco.
— ¿Por qué callas? Yo también estoy cansado de todo esto. El jefe se reserva a las hembras para sí, como si fuera un semental de casta. ¿Por qué no nos deja tocar a ninguna de las mujeres?
—Me fascina la reacción de Abi Duncan —susurró Brady Lemain, excitado—. Las demás estallaban en chillidos cuando penetraban en el dormitorio del jefe. Pero ella... ¡ella se echó a reír a carcajadas irrefrenables! Todavía reía como una loca cuando esta mañana Lamouré le abrió la puerta. ¿Por qué reiría tan exageradamente?

—Tú lo has dicho: debe estar loca —resumió Burt con brusquedad—, Y ahora será mejor que vigilemos.
Jackson Washington Lamouré volvió al campamento al anochecer. A juzgar por su aspecto debía sentirse furioso.
Aquella noche, el déspota no reclamó ninguna mujer, sino una botella de licor, que Burt Valentine le sirvió personalmente.
— ¿Qué ocurrió con Goodwind, Jefe? A pesar de su opinión, sigo creyendo que a Ron lo devoraron los güembos. Quizá la comida que les llevamos no sea suficiente. Ya conoces la ferocidad de esas bestias cuando están hambrientas....
—No importa lo que le haya sucedido a Goodwind. Si logró fugarse, las fieras lo destrozarán. Y a pesar de todo, si logra sobrevivir y algún día se acerca al campamento, mi orden es determinante: matadle —respondió Lamouré, sumido en profundos pensamientos.
—Así se hará, jefe —respondió servilmente Valentine. Y le dejó solo.

* * *

Ron caminó durante toda la noche, en su afán por alejarse del campamento. El amanecer lo sorprendió en unas colinas pedregosas que se alejaban hacia el sur, al borde de la espesa jungla.
Procuraba caminar por los barrancos y escoger los pasos más ásperos y escondidos, pues temía atravesar la selva, donde pululaban los grandes depredadores.
Cuando llegó el día, cortó una vara resistente y larga, que desbrozó con el largo machete que Brady Lemain le había entregado. Del suelo, recogió una piedra de arenisca, con la que comenzó a afilar la punta y el filo del machete, que pensaba asegurar al extremo de la vara para formar una lanza.
Se encogió sobre sí mismo al escuchar un rumor conocido. Se dejó caer a tierra y aguardó. Al cabo, distinguió el overcraft que se deslizaba al borde de la selva.
Ron reptó hasta un matorral próximo y se escondió allí, aun a riesgo de dejarse parte de su piel en los duros espinos. En una ocasión, el overcraft se acercó tanto que Ron pudo distinguir la silueta de Lamouré tras los cristales.
Lo buscaban. ¿Tal vez Jackson había forzado a confesar a Brady? Sea como fuere, el tirano había adoptado una estrategia muy inteligente. Al mando del vehículo, describía líneas concéntricas con las que abarcaba en su exploración una gran cantidad de terreno.
Pero Ron no se movió de su escondrijo, aunque en una ocasión el

gran overcraft casi llegó a rozar el matorral con sus faldones. Durante largas horas permaneció absolutamente inmóvil.
Estuvo oyendo el ronroneo de los motores hasta el atardecer. A veces el vehículo se acercaba tanto, que Ron sentía la tentación ferviente de salir de su escondrijo, saltar sobre el vehículo, golpear los cristales, intentar desesperadamente atravesar a Lamouré con su lanza y apoderarse del overcraft.
«Es extraño —pensaba—. Cualquiera diría que Jackson olfatea mi presencia. Quizá se pasea por estos parajes para provocarme, hacerme salir de mi refugio y..., dispararme un rayo potencia Diez. Pero no saldré. Estoy libre y... vivo. Debo conservarme así.»
Al fin cesaron todos los rumores. Ron consumió una pequeña parte de sus provisiones y decidió pasar la noche bajo la masa protectora del matorral espinoso.
Mucho antes del amanecer inició su caminata hacia el sur, siempre al borde de la selva, donde sabía que podría encontrar frutos y, tal vez, cazar algún antílope. Aunque todavía no podía arriesgarse a hacer fuego para asar la carne.
No detectó ningún rumor anormal durante la segunda jornada. Y poco a poco comenzó a tomar confianza. Pero el recuerdo de Abi Duncan lo atormentaba.
Mientras caminaba, iba formando un segundo filo en la arista roma del machete. Cuatro días después, disponía de una larga y afilada hoja de acero en la punta de su azagaya.
Oía los rugidos de las fieras y procuraba apartarse prudentemente. También veía manadas de antílopes en la sabana, pero todavía disponía de una ración enlatada.
Sólo cuando el hambre le apretó, se decidió a intentar la caza. Apostado en las altas ramas de un árbol corpulento que crecía junto a un regato, aguardó con paciencia. Al anochecer, se acercó una manada de antílopes. Los nerviosos animales estaban abrevándose, cuando Ron lanzó su azagaya con toda la fuerza de su brazo.
El acero se hincó profundamente en el cuadril del animal, que cayó agonizante en la orilla. Satisfecho de sí mismo, se disponía a recoger la presa y volver al árbol, cuando oyó un rugido y una sombra alargada saltó sobre el antílope. Era un peligroso leopardo gris, que se puso tranquilamente a dar cuenta de la presa al borde del regato.
Al amanecer, la fiera se había ido, pero cuando descendió Ron apenas pudo cortar unos pingajos de carne.
Al día siguiente tuvo más suerte. Tras aguardar hasta el amanecer, su lanza atravesó el cuerpo de un pequeño jabalí. Rápidamente, troceó el animal e hizo una fogata. Comió hasta hartarse, guardó en su bolsa grandes pedazos de carne asada y prosiguió el camino.
Poco a poco comenzó a perder la noción del tiempo. Constantemente

se sentía en peligro y la tensión latente le forzaba a concentrarse en la tarea de salvar su vida. Los días le parecían demasiado largos y finalmente perdió la consciencia cronológica. Tenía que sobrevivir y a ello dedicaba todos sus recursos y facultades.
Las ropas que Brady Lemain le había entregado terminaron por deshacerse en jirones, de modo que quedó semidesnudo.
Un día llegó al borde de una dilatada pradera atravesada por un río. El herbazal crecía casi a dos metros de altura y el peligro podía aguardar escondido. Sin embargo, advirtió que una especie de muro largo y recto dividía la sabana en dos. Era una pared sólida, de más de un metro de anchura, cubierta de musgo. Raspando con la punta de su eficaz lanza, comprobó que se trataba de un muro de hormigón.
Lleno de curiosidad, lo siguió durante más de dos kilómetros. Observó que, de trecho en trecho, unos grandes pilares de hormigón emergían sobre el herbazal. ¿Qué era aquello? Los enormes bloques de hormigón tenían forma cúbica Y Ron no pudo encontrar agujero ni fisura alguna en su superficie musgosa.
Se sentía desorientado. Lo que tenía ante sus ojos parecían construcciones realizadas por seres inteligentes. ¿Humanos? Según todos los indicios, Re-Apharax jamás había sido habitado por seres humanos.
Estudió sin prisas el conjunto de construcciones y siguió caminando por la pradera. Los pastos eran verdes, altos y espesos.
De repente, sintió que sus pies se hundían. Quiso aferrarse desesperadamente a algo, pero no consiguió otra cosa que destrozarse las uñas sobre una superficie dura. Por fortuna, sus reflejos habían sufrido un duro entrenamiento durante tantos días en directo contacto con la Naturaleza. Estaba rodando vertiginosamente sobre una lisa superficie inclinada, cuando distendió el dorso y trató de sostenerse con brazos y piernas.
Se detuvo. Jadeante, dirigió una mirada hacia arriba. Un conducto de poco más de un metro de diámetro conducía a la superficie, unos diez metros más arriba. El viento soplaba y agitaba la maleza. Ron giró el cuello y miró hacia abajo: el conducto sólo era un cuadrado negro que se perdía en la oscuridad.
No quena aventurarse en lo desconocido: sentía un temor supersticioso a la lóbrega oscuridad. Había que subir. Y subió. Apretando los riñones, tensando todos los músculos, apretando su espalda contra el liso muro y afianzando los pies en la parte frontera, ascendió los diez metros que lo separaban de la pradera. Arriba, se dejó caer sobre la fresca hierba y respiró profundamente hasta que su ritmo cardiaco se serenó.
Un momento después, se dejaba arrastrar por la curiosidad. Todo aquello tenía un aspecto extraño y sugerente. El conducto oblicuo era

una construcción realizada por seres inteligentes... ¿Qué habría allá abajo? Parecía una tronera. O un conducto de ventilación.
Durmió aquella noche a distancia prudencial de la abertura. Y cuando despertó, buscó a su alrededor y encontró unos arbustos cuya corteza era sumamente elástica y resistente. Cortó un brazado, desgajó las fibras y comenzó a trenzarlas. Cuatro jornadas más tarde disponía de una soga de unos treinta metros, que resistió su peso holgadamente.
Sin embargo el *horror profundis* y el *horror tenebras* seguían siendo dos obstáculos decisivos a la hora de decidirse a descender.
Quizá compadecido de él, Brady Lemain había incluido un encendedor a gas en la bolsa de las provisiones. Tenía con qué encender, pero no tenía con qué alumbrarse.
Tuvo que caminar toda una jornada hasta la selva, donde encontró un bosque de coníferas, de las que obtuvo un brazado de teas. Y animosamente volvió a la pradera.
Una estaca profundamente clavada en el humus vegetal aseguró la soga. Ron hinchó los pulmones de aire e inició el descenso. Ahora era fácil, agarrado a la cuerda.
El conducto describía un ángulo de unos ciento diez grados a unos quince metros y seguía descendiendo en aguda pendiente. Ron encendió una tea. Allá al fondo, la viva luz chocó contra una rejilla metálica. Ron se decidió a seguir descendiendo.
Atado por la cintura, se atrevió a golpear la rejilla, ansioso por contemplar lo que había al otro lado. Oyó un chirrido, un signo de ruptura y siguió insistiendo con todas sus fuerzas.
De pronto, la rejilla se desprendió de su marco y cayó. Se oyó un golpe que halló ecos misteriosos en algún lugar situado más abajo.
Ron se asomó con precaución, pero no vio nada y avanzó el brazo que portaba la antorcha.
Vio una pasarela metálica, unos tubos que recorrían el muro, una ancha rampa que descendía hacia... hacia algún nivel tan profundo que la luz de la tea no alcanzaba.
Se sentía dominado por una singular excitación. Ya no tenía miedo. Estaba decidido a llegar al fondo del enigma.
La pasarela se extendía en una gran longitud, unos cuatro metros por debajo. Giró sobre sí mismo, se afianzó en el marco metálico con la mano derecha, se descolgó y..., conteniendo la respiración, se dejó caer.
En el acto, una luminosidad espectral lo envolvió. La tea seguía ardiendo sobre el brillante pavimento azulado...

CAPITULO XII

— ¡Pobre loca! —oyó exclamar a Gene Blackman.
Pero Abi siguió riendo a carcajadas.
Sí, de vez en cuando reía como una loca, pero sus facultades mentales —por algún extraño sortilegio— seguían siendo lúcidas. Ella sabía por qué reía.
Hombres y mujeres se alzaban de la mesa y se encaminaban cansinamente a las tiendas. Abi y otras dos compañeras recogieron los platos y los arrojaron a un bidón.
Los guardianes vigilaban. Lamouré se acercó unos pasos y llamó:
— ¡Dolores!
Dolores McKerry dejó caer su tanda de platos y giró lentamente. Caminó despacio hacia Lamouré, que la tomó por la mano y la arrastró hacia la caseta.
Una carcajada histérica lo obligó a detenerse. Pero en seguida dio un tirón a la mujer de los cabellos rizados y desapareció con ella.
Burt Valentine perdió la paciencia Abi seguía riendo a carcajadas.
— ¡No seas estúpida, mujer! Deja todo eso y vete a tu tienda. ¡Eres capaz de crispar los nervios del hombre más templado!—gritó.

Abi arrojó un montón de platos al bidón y se alejó. Ya en la tienda, cambió sus ropas por un pijama y se dejó caer en el lecho. Sus compañeras, como autómatas, lo habían hecho ya y dormían pesadamente en sus colchonetas.
Pero Abi no dormía Pensaba en Ron Goodwind.
—Todos me creen loca. Ron, porque de vez en cuando rompo en carcajadas. Pero no he perdido la cordura. Todavía espero, aunque debatiéndome en la duda... Unos dicen que los *güembos* te destrozaron, otros creen que lograste escapar. Yo... siento dentro de mi corazón que estás vivo y que vendrás a por mí. Pero si no vinieras, yo seguiré adelante, por encima de Lamouré y sus aduladores. ¡Si tú supieras...!
Lamouré había averiguado que Abi no probaba el rancho. Su reacción fue típica en un monstruo como él: ordenó a Burt Valentine que le fueran retiradas las raciones enlatadas. Pero Abi había previsto algo así, de modo que durante largas jornadas estuvo recogiendo y escondiendo las raciones que los demás desdeñaban, de modo que, a pesar de todas las presiones, no tomó un solo bocado de las comidas que se preparaban en los fogones. Por nada del mundo hubiera vuelto a caer en la trampa.
Desde que Ron desapareciera, Abi tenía una obsesión: *El Santuario*. Así llamaban Ron, Earl y ella al escondido depósito de armas, provisiones y energía que Lamouré debía tener en alguna parte.
Sabían que el déspota había sacado de la astronave toda la carga útil, antes de colocar los explosivos que destrozaron el vehículo espacial.
Averiguar dónde se encontraba tal santuario era dificultoso, pero Abi estaba dispuesta a intentarlo.
Lo tenía todo dispuesto: un par de bolsas de provisiones y agua y un cuchillo bien afilado: el mismo con el que Earl Hughes había intentado degollar a Jackson Washington Lamouré, el hombre más resentido y endiosado del Universo.
Sabía que se exponía a morir en el intento, pero lo intentaría. Por eso aguardó hasta altas horas de la madrugada. Le tocaba guardia a Valentine, que solía beber más de la cuenta al anochecer. Burt solía quedarse dormido en la tercera hora de su guardia.
Cuando creyó llegada la hora, Abi se puso en pie sigilosamente, recogió su impedimenta y se asomó al exterior. Como había supuesto, Burt roncaba de bruces sobre la mesa de la enramada. Tenía el fusil firmemente sujeto entre las manos, asegurado, además, con una cadena de acero a la cintura.
Abi rodeó la tienda y se deslizó en las tinieblas.
Y de pronto unos musculosos brazos la atenazaron por la espalda. Iba a chillar de pánico, cuando una mano tapó su boca.
—Tranquilízate, Abi: soy yo. No tienes nada que temer -susurró una

voz a su oído.
Abi dejó escapar un profundo suspiro relajante.
— ¡Ron...!
El volvió a taparle la boca.
—No digas nada. Alejémonos de aquí. Cuando estemos a distancia segura podremos hablar —susurró la cálida voz de Goodwind. Y añadió—: Abi, he descubierto algo pasmoso. Tus ojos estarán viéndolo e incluso así te negarás a creer.
Ella se dejó arrastrar lejos. La oscuridad era intensa pero Ron debía poseer ojos de nictálope, pues la guiaba con tal seguridad que en ningún momento llegaron a tropezar.
Habían eludido el tétrico barranco del río de lava y se alejaron hacía el sur. La noche era fría y Abi comenzó a tiritar, pero él la cobijó en sus brazos.
—Sólo unos minutos más. Hay una cueva muy cerca. Allí pasaremos la noche. Y antes de que amanezca nos alejaremos.
Pero alguna extraña idea perturbaba a Abi, que no dejaba de temblar. Al fin. Ron la tomó por la cintura y la hizo descender en la oscuridad. En seguida, ella percibió el ambiente de un recinto cerrado. El hombre la depositó suavemente en tierra y dijo:
—Es un lugar seguro. Construí esta tarde una puerta con ramas y tallos entrelazados. No pasaremos frío. Descansa.
Pero Abi dijo:
—Ron, tengo que decirte algo.
-Di.
—Lamouré me llevó a su lecho. Earl trató de eliminarlo y Valentine lo fulminó.
A través de la mano del hombre notó su estremecimiento. Ron Goodwind amaba apasionadamente a Abi, por tanto la confidencia lo hirió profundamente.
Ella notó los músculos del hombre en dolorosa tensión.
—Volveré al campamento y mataré a Lamouré. No sé cómo lo haré, pero lo mataré.
— ¿Por qué? ¿Por qué crees que Jackson me violó?
Sonó, ronca, la voz del hombre.
—Abi, yo he tenido que asistir, impotente, a los abusos de ese asesino. Sufrí cuando Lamouré violó a Claire Parrish y a Kathy Fortrow... Pero pensar que ese monstruo te ha poseído...
La carcajada de Abi Duncan resonó extrañamente en la caverna.
— ¿Violarme? —exclamó ella, al fin—. Ron, Jackson Washington Lamouré no es un hombre. Es... un masoquista, un impotente, un ser tarado y acomplejado. Voy a decirte la verdad: Jackson no llegó a tocarme hasta… hasta que yo me negué a seguirle su juego. Y de ninguna forma me violó.

—No entiendo...
—Me encerró en su dormitorio, me ofreció un látigo y me pidió que lo azotara. Estaba allí..., desnudo..., ridículo y... necesitaba que yo lo golpeara, ¿comprendes? Entonces estallé en una inmensa carcajada. ¡El emperador de Re-Apharax no era otra cosa que un infeliz, un acomplejado, un impotente! Necesitaba recibir latigazos para... Bien, yo me negué. Quería seguir viéndolo así: grotesco, disminuido, rebajado. Luego él me pegó. Y finalmente cogí el látigo en mi mano y le pegué con todas mis fuerzas. Y él, encogido en un rincón, lloriqueando como un niño y preso de un ataque de nervios, tuvo un orgasmo. El solo, tembloroso, convertido en un guiñapo. Eso fue lo que sucedió. Por la mañana me amenazó. «No cuentes una palabra de esto», me dijo. Supuse que con las demás mujeres ocurrió otro tanto. Sólo que ellas..., desprovistas de voluntad y completamente dopadas, callaron. Ahora ya sabes quién es Jackson Washington Lamouré.
Sucedió una pausa. Súbitamente Ron Goodwind rompió a reír con toda su alma
—De modo que...
—Sí. Tiene una personalidad inestable, psicopática. Forzando a las mujeres a compartir su lecho, intentaba afianzar su ego, demostraros a los demás hombres que él era el macho por antonomasia Ahora..., sigo odiándolo por su maldad, por esa facultad diabólica que posee para expandir el mal. Pero también lo compadezco. Es un tarado —suspiró Abi.
En la oscuridad. Ron la tomó en sus brazos y le cubrió la cara de besos. Poco a poco, el instinto sexual fue despertándose en ambos. El placer anticipado les llegaba en oleadas, cuando Abi comenzó a desnudarse en la oscuridad. Luego los cuerpos se unieron apasionadamente y el acto amoroso se consumó lenta y voluptuosamente.
—Dios te bendiga —susurró Abi Duncan, antes de dormirse entre los brazos del hombre—. Por fortuna, tú no presumes de varón. Pero lo eres sobradamente.

CAPITULO XIII

Abi retrocedió unos pasos.
— ¿Es ahí? —murmuró, señalando con un dedo tembloroso la cuadrada abertura.
—Sí.
Abi se mordió los labios. Parecía asustada.
— ¿Es imprescindible que yo baje... ahí? —preguntó, mirando a Ron de reojo.
El la miró con severidad.
—Abi, ahí abajo están todas nuestras esperanzas. Sé que estás aterrada… Yo también tuve que superar el pánico la primera vez. Pero te aseguro que no hay el menor peligro. Ahora, yo descenderé el primero hasta el primer recodo y te aguardaré allí. Sígueme en seguida.
Goodwind aferró la soga y se dejó deslizar por el conducto. Con un gran esfuerzo de voluntad, Abi hizo otro tanto. Luego descendieron otro tramo y Ron la sujetó por un brazo.
Surgió una llamita en la oscuridad y luego la llamarada de la tea encendida.
—Voy a dejarme caer —advirtió el hombre—. He añadido un pedazo de cuerda resistente y podrás descolgarte tras de mí. No temas: yo estaré abajo para recogerte.
Lo vio desaparecer en la oscuridad. Abi sostenía la tea en una mano, pero su luz no llegaba a iluminar los lugares más recónditos de aquel vacío profundo.
De pronto, una luz azulada, espectral, lo envolvió todo. Abi exhaló un gritito de asombro. Y sus ojos, desorbitados, recorrieron la gran nave subterránea.
Ron le había descrito su descubrimiento durante las largas jornadas de caminata, pero Abi no podía creer que tal cosa fuera cierta. Sólo que..., ahora lo tenía todo ante sus ojos, desmesuradamente abiertos de admiración.
—Ron, ¡es increíble! Y esa luz azulada, ¿de dónde sale? —exclamó, y el eco amplificó su voz espectacularmente.
—Debe ser una especie de automatismo. Quizá mi peso sobre esta plataforma activa el mecanismo que ilumina este gran silo subterráneo. La luz brota de los paneles del techo y de los muros, de todas partes. ¡Vamos, descuélgate! Pero antes apaga la tea y déjala arriba.
Abi hizo lo que el hombre le pedía, asió la soga y se descolgó. Abajo le esperaban los sólidos brazos de Ron, que la depositaron

suavemente en el piso metálico.
Abi se aferró con cautela a la baranda metálica. Treinta metros más abajo, un colosal objeto metálico de forma ahusada resplandecía levemente.
— ¿Qué es eso?
—No lo sé. Parece una gran nave de guerra, un enorme vehículo espacial. Hay docenas como ése, en otros hangares subterráneos. El conjunto subterráneo abarca más de treinta espaciosas naves como ésta, unidas entre sí por túneles y ascensores. Debe tener una extensión de muchos miles de metros cuadrados... ¡Todo un reducto subterráneo, una gran ciudad bajo la superficie, un bastión inexpugnable! —describió Goodwind, muy excitado.
Ron avanzó por la pasarela y Abi lo siguió, cautelosa. Pasmada de asombro, contemplaba los conductos cilíndricos que discurrían por los muros, las extrañas máquinas empotradas, los paneles con incógnitos signos...
— ¿Quién construyó esta ciudad subterránea? ¿Con qué objeto?
—Lo ignoro —respondió Ron—. Tú eres una experta en filología y en Criptología. Por eso te necesito aquí imprescindiblemente. He visto por todas partes rótulos e indicaciones, en raros caracteres que no entiendo… Esa será tu función, Abi: Tendrás que descifrarlos.
—Pero yo...
—Lo sé. Te llevará mucho tiempo y tendrás que refrescar tus conocimientos, estrujarte el cerebro... Pero sé que lo conseguirás. Y entonces tú misma podrás responder ese cúmulo de preguntas que ahora te estás planteando. Pero ven: te enseñaré otras cosas que te asombrarán.
Fascinada, Abi descendió por una rampa en pos del hombre. Plataformas y pasarelas de raro diseño unían entre sí las diversas plantas aéreas. Cuando llegaron al fondo del hangar, la nave de guerra les pareció mucho más grande, colosal.
Abi tocó las planchas metálicas con las yemas de sus dedos.
—Es un metal desconocido —dijo Ron—, He tratado de arañarlo con la punta de mi lanza, pero el acero no ha dejado ninguna marca sobre este fuselaje. Y todo parece nuevo, flamante, intacto.
Caminaron hacia el fondo de la nave y avanzaron por un pasadizo descendente hasta desembocar en una gran sala oval.
El chillido de Abi halló ecos medrosos en la alta bóveda.
— ¡Ron, están... están ahí! —murmuró, despavorida.
Señalaba con un brazo rígido la gran mesa ovalada situada en el centro de la sala. Doce personas se sentaban a la mesa en actitud de profunda concentración.
—No te asustes —Ron la sujetaba por los hombros—. Todos están muertos.

—Pero sus actitudes... ¡Parecen llenos de vida!
—Sí. La muerte debió sorprenderles de repente, cuando se hallaban reunidos para tratar algún tema transcendental. Luego, las condiciones ambientales han favorecido la momificación de sus cuerpos. Pero están muertos, no tenemos nada que temer.
Ella tembló.
—Ron, fuiste capaz de enfrentarte con todo esto... a solas —murmuró ella, admirada.
— ¿Qué otra cosa podía hacer? —sonrió él—. Me asusté tanto como tú, hasta que descubrí la verdad. Ten serenidad, Abi. A nuestro paso por esta ciudad subterránea, veremos miles de momias como ésas. Ven, acércate.
Abi caminó en pos de él, que avanzaba con paso firme hacia la mesa ovalada. Conteniendo la respiración, se aproximó al silencioso cónclave. Sus ojos contemplaron con estupor las inmóviles figuras, sus largos cabellos canosos, las túnicas cobrizas que parecían tejidas con finos hilillos metálicos...
—Ron, son personas como nosotros, seres humanos —murmuró, pasmada de asombro.
—Sí. La única diferencia está en sus atuendos. Acércate, mira esto. Ron le mostraba el dibujo perfecto bajo el cristal de la mesa oval.
—Es... un mapa estelar, un mapa de la Vía Láctea, nuestra propia galaxia — reconoció Abi—, ¿Y ese puntito en forma de estrella?
—El planeta Re-Apharax, que ocupa el centro del diagrama. Y ello viene a demostrar que estos seres no eran extranjeros, sino habitantes de este planeta.
—Pero ¿por qué se refugiaron bajo tierra, cómo les llegó la muerte?
—Tú lo averiguarás. Imagino que estas gentes estaban en pugna con otras civilizaciones y ésa es la causa de que construyeran sus ciudades y fortificaciones bajo tierra. En cuanto a su final..., pudieron ser víctimas de una bomba de neutrones, ésa es mi opinión. Reflexiona: la bomba de neutrones acaba con la vida animal, humana, fulminantemente, pero respeta los objetos, instalaciones y edificios.
—Sí, creo que debió ocurrir algo semejante —asintió Abi, algo más tranquila—. Y ahora, ¿quieres guiarme a través de este mundo subterráneo?

***

La soberbia construcción estaba finalizada. La torre del Bastión de Lamouré se erguía, altiva, sobre el peñón de granito.
Los trabajos se habían simplificado mucho. Se seguía trabajando en la

excavación y consolidación de las cavernas artificiales que servirían de hangares y almacenes, al pie del acantilado. También se fabricaban piezas que, ensambladas, servirían para el montaje de un gran ascensor de efecto rápido.
Pero lo que obsesionaba a Jackson Washington Lamouré era ver su Bastión fulgiendo como un espejo.
La mayoría de los esclavos antropoides trabajaban ahora en la Llanura de Oro, de donde extraían grandes láminas de metal amarillo que servirían para convertir el palacio-fortaleza en una joya resplandeciente.
El mismo Lamouré trabajaba personalmente en la llanura dorada. Había llevado el tractor hasta allí. La máquina, dotada de una gran cizalla, cortaba constantemente las láminas de metal precioso.
Aquel día, la hoja inferior de la cizalla se encalló. Lamouré bajó del tractor e intentó liberarla.
De pronto, exhaló un grito penetrante y se puso en pie de un salto. Una pequeña serpiente negra salió de una fisura en el pavimento dorado y reptó rápidamente hacia otra oquedad próxima.
Burt Valentine llegó en una rápida carrera. Miró a su jefe: Lamouré contemplaba hipnotizado la pequeña mordedura sangrante en su dedo pulgar izquierdo. Su rostro estaba crispado, de un desagradable color ceniciento.
— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Valentine, solícito.
— ¡Una de esas serpientes «*azabaches*»! —gruñó Lamouré—. Estaba oculta bajo una capa de oro fundido. ¡Me ha mordido!
Burt palideció.
El veneno de las «*azabaches*» era de efecto fulminante, si no se inyectaba rápidamente un contraveneno. Earl Hughes hubiera resuelto fácilmente el terrible problema, pero el médico estaba muerto: el mismo Valentine lo había fulminado de un disparo láser a instancias del tirano.
Lamouré se mordía los labios, transido de angustia. Probablemente estaba pensando lo mismo que Valentine: Earl Hughes le hubiera salvado..., de estar vivo.
—Dame tu machete —solicitó súbitamente Lamouré, mordiendo las sílabas.
—Pero...
— ¡Dámelo!
Burt extrajo la afilada arma de la funda y se la entregó. Lamouré se agachó, extendió su brazo izquierdo sobre la capa de oro fundido y de un tajante golpe se cercenó la mano izquierda a la altura del antebrazo.
Mientras el muñón soltaba un chorro de sangre, Lamouré se incorporó, minó a Valentine y dijo con indiferencia:

—No te quedes ahí. Tráeme algo para curar esta herida.

CAPITULO XIV

Los dos habían adelgazado mucho durante los largos días de concentración y estudio. La solución del enigma los absorbía hasta el límite. Trabajaban quince horas seguidas y apenas se acordaban de alimentarse.

De todas formas, las raciones enlatadas que Abi había traído se terminaron. Ron se vio obligado a volver a la superficie y cazar alguna pieza con la que sustentarse. Pero en cuanto obtuvo carne fresca, que asó en una fogata, volvió a reunirse con Abi, la cual se había familiarizado tanto con el ambiente de la ciudad subterránea, que no experimentó temor alguno al sentirse sola.

Al fin y al cabo, durante más de cincuenta días habían convivido con miles de trágicos mudos, silenciosos y momificados.

Treinta días después de su llegada, Abi había aislado once ideogramas que correspondían a otras tantas sílabas. El lenguaje escrito era muy complejo y sofisticado, pero una vez obtenidos aquellos signos, resultó más fácil desentrañar los restantes.

Y en un momento dado —Abi ignoraba si era de día o de noche—, ella se alzó de su asiento y miró a Goodwind.

—El misterio está desentrañado. Puedo traducir el idioma que utilizaban estos seres.

Sin embargo, les aguardaban aún muchas jornadas de intenso trabajo. Había que traducir cientos de miles de palabras, de mensajes grabados en miles de cápsulas sonoras, de documentos visuales conservados durante miles de años.

Abi pudo establecer que la tragedia que asoló aquella civilización había ocurrido doce mil años atrás.

—Hubo un tiempo, en que grandes metrópolis se extendían por toda la superficie de Re-Apharax. La técnica y la cultura eran elevadas y el bienestar reinaba por doquier. Hasta que Ka-Halaori disputó la

supremacía de su padre, Ye-Humaya, soberano absoluto. Aquellas gentes se llamaban a sí mismos *apharis* y a su poderoso sistema le llamaban pomposamente Vari-Akar, que significa literalmente *El Imperio de lo Eterno*. Ka-Halaori intentó asesinar a su padre y huyó, escondiéndose en el refugio subterráneo, esta misma ciudad, que había hecho construir en secreto. Algún tiempo después, estalló una guerra total entre padre e hijo. Ambos detentaban los mismos poderes, pero no dudaron en enfrentarse en una guerra fanática y suicida. Ambas facciones se enfrentaron con idénticas armas. Y todos perecieron. De ello hace doce mil años.
Ron miró a Abi con admiración.
— ¡Lo has conseguido! Ahora dominaremos su técnica y su ciencia. Pero vamos a concentrarnos en lo que más nos interesa: en el estudio de esas grandes máquinas que parecen astronaves. Abi, necesitamos vitalmente averiguar si alguna de esas naves está en disposición de llevar a cabo un vuele espacial que nos devuelva a los dominios de la Confederación Detrah-Ximbell —planteó Goodwind, brillantes los ojos de excitación.
—Espero que la respuesta sea afirmativa, Ron. Todo está intacto, incluso los cuerpos momificados de los mil seiscientos apharix que hallaron una muerte fulminante hace doce milenios. Según hemos comprobado, existe una fuente latente de energía, automática. Sólo tenemos que comprender su funcionamiento. Después...

* * *

La parte inferior del Bastión de Lamouré fulgía a la luz del sol.
Los pesados *güembos* transportaban hasta las diversas plantas del palacio pesadas planchas de oro. La mayor parte de los expedicionarios estaban febrilmente entregados a la tarea de soldar entre sí aquellas lisas láminas que Lamouré había hecho pulir hasta dejarlas tan bruñidas como espejos.
Desde lo alto de la torre, Jackson Washington Lamouré supervisaba los trabajos. Sus ojos brillaban de pura soberbia. Pesaba que ninguno de los pomposos consejeros de la Confederación Detrah-Ximbell gozaría jamás de una residencia tan principesca como el Bastión.
Su muñón iba cicatrizando con lentitud. De cuando en cuando, Lamouré se dirigía una ojeada al miembro amputado y sufría un leve estremecimiento, pero en seguida trataba de olvidar que una pequeña serpiente «*azabache*» lo había convertido en un mutilado. A fin de cuentas, había salvado la vida con un gesto de fría determinación. Y eso era lo que importaba.

Meses atrás, Lamouré había acariciado una idea: todas las mujeres de la expedición se convertirían en sus concubinas, en vientres capaces de engendrar cientos, miles de hijos suyos.
Naturalmente, tendría algunos problemas con los expedicionarios varones, pero Lamouré había maquinado un plan tajante: asesinarlos a todos en cuanto el Bastión estuviera terminado. Sólo se quedaría con las mujeres y él sería el único macho por toda una generación.
Pero la fría realidad se había impuesto: Lamouré había descubierto que jamás podría engendrar un hijo. Era estéril. E impotente.
Entregaría las mujeres a sus lacayos, cuando se hubiera cansado de ellas. Las hembras parirían siervos suficientes para asegurar su imperio.
Estaba meditando sobre esto, cuando la tierra tembló violentamente. Se oyó un alarido de espanto colectivo. Asomado al pretil de la alta torre Lamouré vio despeñarse a dos *güembos*, cuyos corpachones hendieron el vacío y se estrellaron contra el suelo, ciento cincuenta metros más abajo.
Descendió apresuradamente. Cecil Bourne, Liam Dox, Jamura Akihido, Fred Kramer y Andy Carrera habían arrojado los sopletes y se abalanzaban, despavoridos, escaleras abajo. Lamouré los detuvo con un grito.
— ¿Adónde vais?
— ¡Un terremoto! ¡La tierra ha temblado y el Bastión se derrumbará! —chilló Kramer.
Lamouré lo encañonó con su fusil.
— ¡Quietos ahí! No ha sido más que un leve temblor de tierra. ¡Volved a vuestro trabajo! Dispararé a matar contra cualquiera que desobedezca mis órdenes —advirtió.
El grupo formado por los cinco hombres retrocedió escaleras arriba y, sumisos, recogieron los sopletes.
No volvió a temblar la tierra a lo largo del resto de la jornada.

* * *

—Todo está en orden —susurró Ron Goodwind, admirado—. Voy a activar los sistemas.
Abi contuvo el aliento. Sentado en el puesto de control situado en el corazón de la ciudad subterránea, Ron tecleó velozmente los botones del código energético.
Unas luces guiñaron en el gran panel luminoso. Se oyó un silbido profundo y..., la ciudad subterránea emergió majestuosamente del fondo de la tierra.

Un sector esférico de la cúpula se descorrió lentamente y la luz del día penetró, cegadora, en el puesto de control. Abi corrió hacia la cúpula de cristal y exhaló un gritito de admiración: se encontraba a cien metros sobre la dilatada pradera. Allá al fondo se erguía, majestuoso, el cono del volcán Zero.
Súbitamente, la ciudad que acababa de emerger de las profundidades se agitó en un temblor profundo.
Abi se volvió, demudada, hacia Ron Goodwind.
— ¡Dios! ¿Qué ha sido eso, Ron?
—Un temblor de tierra. Espera un momento, creo que se trata de…
Lo vio teclear locamente el ordenador. La información apareció simultáneamente en la pantalla del panel.
—El volcán Zero va a entrar en erupción. Tenemos que darnos prisa,

* * *

La tierra volvió a temblar violentamente. Desde el observatorio de la torre del Bastión de Lamouré se divisaban las espesas fumarolas que brotaban de la falda del volcán.
Lamouré se sirvió un poco de licor. Volvía a dolerle la herida del muflón. Desde el ventanal en forma de ojiva, Valentine, Blackman, Lemain y Santana miraban aprensivamente el volcán.
—Jackson, creo que no estamos seguros aquí. Deberíamos... —empezó a decir Valentine. El sudor le corría a chorros por su ancho rostro.
Lamouré lo miró fríamente.
—Llámame Señor. Ha llegado el momento de establecer diferencias de rango. Yo soy el Señor de Lamouré. Vosotros sois mis guardias de corps —advirtió secamente.
—Jackson, no es momento de bromas. El volcán va a estallar. Estamos en peligro inminente de...
Lamouré tenía un fusil-láser sobre la mesa. Lentamente apoyó su única mano sobre el disparador.
Burt Valentine alzó ambas manos desesperadamente, como si aquel gesto pudiera protegerlo de lo inevitable.
Brotó el rayo del cañón del fusil. La silueta de Valentine fulgió un instante y luego cayó lentamente hacia atrás. El humo acre quedó flotando por breves segundos sobre el cadáver carbonizado.
Blackman, Santana y Lemain aplastaron sus espaldas contra el muro.
Fue Blackman quien se atrevió a decir, tembloroso:
—Jackson, no pensarás disparar contra nosotros. Sabes que te hemos sido fieles...

—Señor, llámame Señor—silabeó Lamouré.
—Señor —repitió Gene Blackman, aterrado y sumiso.
—Bien. Dejad de temblar. No voy a disparar contra vosotros. Al eliminar a Burt, sólo trataba de demostraros que no permitiré las deserciones.
—Sin embargo. Señor, creemos que corremos peligro aquí —dijo Lemain. Y tragó saliva con gran dificultad.
Lamouré tomó el vaso y bebió un sorbo, paladeando el licor.
— ¿Cómo te atreves a decir tal cosa? — llamearon los ojos del déspota—, ¡Yo construí esta fortaleza inexpugnable a prueba de catástrofes! El volcán puede estallar cuando le plazca... ¡Convenceos! En ningún lugar estaríamos más seguros que aquí.
Sintió una nueva punzada en el brazo amputado y se sirvió licor en el vaso. Luego, sin mirar a sus guardias, ordenó:
—Sacad de aquí los restos de Burt. ¡Apestan!

EPILOGO

El volcán Zero estalló al amanecer.
La cúspide del cono volcánico salió proyectada a miles de metros de altura y se disgregó en el aire.
Luego brotó un chorro de fuego, que se expandió por doquier. Ciclópeos pedruscos saltaron confundidos con el magma, los gases incandescentes y las escorias.
Un enorme pedazo de roca cayó sobre el bungalow de duraluminio y lo aplastó.
Cerca de allí, hombres y mujeres brotaron de las tiendas y corrieron, aterrorizados, en todas direcciones, sin rumbo fijo.
Más allá, un tropel de *güembos* se alejaba pesadamente hacia el río de lava. Para entonces, ríos de fuego corrían por las faldas del volcán y por el profundo cauce petrificado volvía a correr la lava.
Los animales saltaron desordenadamente. Algunos lograron ponerse a salvo al otro lado de la corriente ígnea, pero varios *güembos* cayeron al río de lava y perecieron en medio de terribles bramidos de agonía.
Los aterrados expedicionarios fueron reuniéndose al margen del río de fuego. Desorientados, llegaban hasta el borde y se volvían, indecisos. Entretanto, la temperatura se elevaba vertiginosamente y el suelo quemaba. Salpicaduras de magma caían como una lluvia mortal sobre el Bastión de Lamouré.
Apiñados en grupo, los expedicionarios se agitaban al borde del río de lava. Carecían de voluntad y su inteligencia, atrofiada, atenuaba el instinto de conservación. A veces, alguno de ellos parecía decidido a saltar temerariamente sobre el ancho cauce de roca fundida, pero el ardor que brotaba de la corriente rojiza lo rechazaba.
Fue entonces cuando una flecha azulada surgió sobre el barranco. La gran astronave brotó por encima de la selva y se abatió vertiginosamente sobre el suelo.
Abi Duncan bajó a tierra, corrió con todas sus fuerzas y alcanzó a Claire Parrish en el momento en que la joven, enloquecida, iba a saltar sobre el abismo de fuego.
— ¡Alejaos, apartaos! —gritó por encima de las explosiones del volcán.
Tuvo que empujarlos, golpearlos, hostigarlos como a un rebaño. Pero finalmente consiguió orientar la marcha de aquellos infelices hacia la nave en la que aguardaba Ron Goodwind.
Un pedrusco incandescente reventó ante los expedicionarios y proyectó partículas ígneas por doquier. El grupo se detuvo y comenzó a retroceder, pero Abi siguió gritando y empujándolos con vigor, hasta que por fin todos estuvieron a bordo.
Inmediatamente, el poderoso vehículo se alzó en el aire y se alejó.

Desde el nivel de los seis mil metros. Ron Goodwind contempló en la pantalla el cráter del volcán. A cuatro mil metros de distancia, la torre del Bastión aún permanecía erguida. Pero la altísima temperatura ambiente deshacía ya las planchas de oro y el metal fundido caía lentamente sobre los muros.
Ron graduó el sistema de visión exterior. De pronto, en la pantalla apareció una figura dorada que corría por el borde de la meseta y trataba de alcanzar el ascensor. Era Jackson Washington Lamouré, que había despertado de su modorra alcohólica bañado por el oro fundido. Pero el metal que lo cubría se enfrió un tanto en su carrera y el déspota se detuvo, rígido, al borde del acantilado.
Un bloque ardiente cayó en ese momento sobre la torre y el Bastión de Lamouré se desmoronó como un castillo de arena. Ron maniobró los mandos y la nava azulada se alejó hacia el sur.

—No. No volveremos aún —dijo Goodwind—. Hoorka nos encargó una misión concreta y estamos en situación de cumplirla hasta el final. Los efectos de la erupción del volcán Zero no afectarán a esta ciudad, que de nuevo vuelve a ser subterránea. Aguardaremos a que nuestros camaradas se recuperen y luego continuaremos la exploración de Re-Apharax.
Abi le dirigió una mirada plena de admiración y de amor.
—Nada te hará perder el temple. Ron Goodwind —respondió—. Estoy de acuerdo: terminemos lo que empezamos y después volvamos a Detrah-Ximbell. Entretanto, tenemos muchas cosas que hacer. La sede del *Imperio de lo Eterno* debe hallarse en algún lugar de este planeta. Quiero profundizar en el conocimiento de la tragedia desencadenada en este planeta hace doce milenios. Quizá nuestros descubrimientos puedan servir de advertencia a los consejeros de Detrah-Xim-bell...
Ron la atrajo lentamente hacia sí, la miró fijamente a la profundidad violeta de su iris y dijo:
—Todo eso está muy bien, pero todo no va a ser dedicación al estudio. Los seres humanos tenemos otras necesidades, ¿no crees?
Abi se irguió y lo abrazó prietamente. Aceptó, apasionada, el roce de sus labios y se rindió.
—Tienes razón, amor mío. La vida tiene otras exigencias...

FIN